

Los etolios en Numancia

Joaquín L. Gómez-Pantoja* y Fernando Morales Hernández**

I. Introducción

Durante las últimas décadas, ha suscitado un considerable interés el descubrimiento en diversos lugares de la Península Ibérica de las copias bronceas de importantes documentos legales del período romano. No cabe duda que el contenido e interés de la versión de la *lex Flavia municipalis* aparecida en Irni, de las copias del *SC de Pisone patre* y de la *lex Valeria-Aurelia* sobre los honores fúnebres de Germánico encontradas en diversos lugares de la Bética, de la nueva tabla de la *lex coloniae Genetivae Iuliae*, de los dos decretos de Augusto relativos a la situación del Noroeste peninsular y de la singular *lex rivi Hiberiensis* (por no prolongar la enumeración excesivamente), merecen toda la atención que han recibido. Pero no es menos cierto que ello ha contribuido a poner en sordina algunos hallazgos notables que hubieran causado revuelo en otros momentos menos favorecidos por las novedades epigráficas.

Entre los afectados se encuentran las modestas balas de plomo que fueron tan corrientes en la panoplia de los ejércitos antiguos y que, como tales, debieron de ser ampliamente usadas en los combates acae-

cidos en la Península durante los dos primeros siglos antes de la Era. Hasta hace unas décadas, esas glandes eran consideradas como una mera curiosidad anticuaría, que sólo eran objeto de atención cuando aparecían en conjuntos numerosos¹ o cuando portaban letreros referidos a algún famoso personaje histórico, de los que deja constancia una monografía seminal². Esa apreciación ha cambiado al ritmo del aumento de los ejemplares conocidos, ya que la casualidad y, en tiempos recientes, el auxilio de los detectores de metales, han permitido que se encuentren en número y densidades considerables.

Generalmente, las noticias de tales descubrimientos llegan al ámbito erudito después de que las piezas hayan emergido en el mercado anticuario, que se muestra especialmente ávido de ese tipo de objetos; las informaciones suelen ser fragmentarias e imprecisas respecto a la fecha y el lugar de hallazgo, el número de piezas y el modo en que se descubrieron, avalando la impresión de que sólo se conoce una mínima parte de lo descubierto y que únicamente sale a la venta el material mejor conservado y, con preferencia, inscrito; en gran medida, ese comportamiento está jus-

* Universidad de Alcalá - gomez.pantoja@uah.es.

** Universidad Complutense de Madrid - fmorales@pas.ucm.es.

1 Como sucede con lo que creemos que es quizá la primera noticia del hallazgo de estos proyectiles, que, a comienzos del siglo XIX, el benemérito Conde de Lumiares, don Antonio Valcárcel y Pío de Saboya (Valcarcel y Pío de Saboya y Delgado 1882, 9) preservó en su relación de las antigüedades del Reino de Valencia; "en el monte Gaydo, situado entre

Alcalá de Chivert y Cabanes y próximo al cabo llamado de Hirta, encontró un pastor más de dos arrobas de glandes de plomo"; en medidas modernas, el depósito debió pesar entre 26 y 30 kg, es decir, alrededor de medio millar de balas, una cantidad que puede sorprender pero que se queda pequeña en comparación con algunos arsenales descubiertos algo más tarde, vid. *infra*.

2 Zangemestier 1885, *Glandes plumbeae*.

tificado porque las balas se encuentran en el curso de rebuscas ilegales y sin control arqueológico alguno³.

Los casos excepcionales en los que los hallazgos se han producido en circunstancias controladas, deparan informaciones inesperadas y de gran interés, que sirven de medida de comparación respecto a la pobreza de detalles y la escasa precisión de los datos recibidos del mercado anticuario. Un excelente ejemplo lo ofrece lo sucedido en Andagoste, un lugar cercano a Zuazo, en el Cuartango alavés, donde la aparición de diversos objetos metálicos de clara factura antigua en un pequeño altozano condujo al descubrimiento, tras cinco campañas de excavación, de un recinto de forma perfectamente rectangular (160 x 110 m), delimitado por una trinchera y el parapeto formado por la tierra extraída de ella; si a primera vista la planta de ese recinto asemeja la propia de un campamento militar, la impresión quedó reforzada por el hallazgo de más de mil piezas metálicas del equipo y la panoplia romana, desde tachuelas de *caligae* y elementos del correaje hasta muchas puntas de armas arrojadas y un centenar de *glandes fundae*, de peso variable pero forma similar. La precisa localización de los proyectiles en la zona circundante del recinto (unos 6.000 m² de zona fértil) ha permitido suponer que una tropa equipada “a la romana” se enfrentó a los desconocidos asaltantes de la posición y el hallazgo de abundantes monedas

ayuda a establecer que el incidente sucedió en algún momento del último tercio del s. I a.C.⁴ Andagoste ilustra a la perfección cómo los proyectiles de todas clases, los pasadores, clavos y remaches de armas y utilaje militar, las hebillas y aderezos del correaje, las tachuelas de las *caligae* sirven para localizar acuartelamientos y campos de batalla, rindiendo así un destacado servicio histórico⁵. A diferencia de lo que sucedió con otras piezas de más valor o mayor tamaño, después del combate no se recogían sistemáticamente correajes, prendas de vestir y calzado y armas arrojadas, que también podían olvidarse con facilidad cuando había que levantar un *castra*. Todo ello es de especial aplicación al caso de las *glandes fundae*, por tratarse de proyectiles de los que se hacía un gran consumo en el combate y que una vez disparados, se dispersaban sobre amplias superficies⁶. Además, siendo el plomo un metal abundante, de fácil adquisición (especialmente en Hispania) y más fácil de transportar en bruto que en balas, no debe extrañar que no se pusiera mucho esfuerzo en recoger los tiros disparados, sobre todo sabiendo que un pasaje del *corpus cesariano* y alguna evidencia arqueológica indica que las balas de honda eran tan fáciles de fabricar que podían fundirse en vísperas de la batalla o en pleno fragor del combate⁷.

3 El número de chumbos que cambian de manos en el comercio anticuario puede intuirse de los datos reunidos por Casariego et al. 1987, *Plomos monetiformes*, pero queda confirmado por la cada vez más frecuentes publicaciones que describen o catalogan las piezas en propiedad de coleccionistas particulares, vid. García Garrido y Lalana 1991, “Glandes de plomo”; Perea Yébenes 1999, “Dos glandes de plomo”; González 1996, “P. Cornelius Scipio Aemilianus et Aetoli”. Hace poco tiempo, de modo independiente y casi simultáneamente, Pina Polo y Zanier 2006, “*Glandes inscriptae*”; y Grünwald y Richter 2006, “Zeugen Caesars schwerster Schlacht?” han catalogado un lote de balas, pertenecientes a un coleccionista alemán, que las adquirió en Sevilla, donde también le informaron de su origen: un yacimiento cercano a Écija, famoso por esta clase de objetos, vid. *infra*.

4 Unzueta y Ocharán 1999, “Campo de batalla de Andagoste”; Ocharán y Unzueta 2002, “Andagoste (Cuartango, Álava); Unzueta 2006, “Andagoste Battlefield”.

5 Una excelente exposición de ello son los cinco artículos reunidos en Fernández Ibáñez éd. 2007, *Metalistería*, pp. 379-512; aunque todos ellos se refieren a casos y ejemplos de la Península Ibérica, éstos son suficientemente significativos para servir de analogía; además, la bibliografía citada por los autores apunta a situaciones parecidas en otras partes del Orbe.

6 Tómese por ejemplo, el caso de los proyectiles de la colección del Museo de Lorca, procedentes de rebuscas espontáneas en los alrededores de un yacimiento arqueológico junto al río Quirce, en las cercanías de esa localidad murciana; el lote contiene 492 balas, de las que la mayor parte se encontraron aisladas, pero también aparecieron cinco grupos (“depósitos” de hondero, los llama su editor) de los que el menos abundante lo formaban seis balas y el más numeroso, treinta y tres, vid. Fontenla 2005, “Glandes batalla de Asso”.

Lo mismo puede decirse de los muchos proyectiles encontrados en los varios “Cerros de la Balas” situados en las proximidades de Écija y que obviamente reciben su nombre del frecuente hallazgo en ellos de proyectiles de honda (vid. Núñez y Quesada 2000, “Sepultura con armas”; Stylow 2005, “Fuentes epigráficas”), entre los cuales no son insólitos los marcados con la leyenda *Cn. Mag(nus) imp(erator)* (vid. *CIL* II, 6325 = II²/5, 112). En Alarilla y Taracena, dos localidades de la provincia de Guadalajara distantes entre sí una cincuenta de kilómetros, se vienen encontrando desde hace tiempo glandes de forma y pesos similares y signados con el nombre de *Q. Sertorius*, al que acompañan otras leyendas y anagramas con intención propagandística, vid. Abascal 1990, “Inscripciones inéditas”, aunque el listado más completo se encuentra en http://www2.uah.es/imagenes_cilii/Inscripciones_CAM/index-toponimoscomplutum.htm, s.v. Alarilla y Taracena.

7 Vid. *Bell. Afr.* 20.3, donde *glandes fundere* es una de las actividades a las que se aplica la tropa en la inmediata preparación de la batalla; Bosman 1995, “Slingshot under battle”, sobre los indicios arqueológicos de un procedimiento de fortuna empleado en medio de un asedio. En circunstancias normales, el proceso requería moldes cerámicos, de los que se conservan algunos ejemplares manufacturados con formas más o menos similares: dos valvas bien ajustadas en las que se disponían linealmente o en forma de racimos, diversos alvéolos que recibían el plomo fundido a través de canales; Un inventario de los moldes conocidos en Völling 1990, a los que hay añadir ahora el molde de París (Poux y Guyard 1999, “Un moule à balles de fronde”) con una inscripción esgrafiada que produce los característicos letteros en relieve; y el ejemplar descrito por Vicente et. al. 1997, “Catapulta tardo-republicana” que es el único del que tenemos noticia que ha aparecido en Hispania. Tales moldes debieron ser muy útiles para

II. Glandes etolias, conocidas e inéditas

Las balas de honda son, por lo tanto, un buen indicador de campos de batalla y obviamente no podían faltar en el “catapulta tardo-republicana” que es sin duda uno de los más famosos y mejor conocidos de la Antigüedad, el de Numancia. Aunque el número de proyectiles de honda encontrados en ese lugar no guardan comparación con su fama e importancia, el recuento de las reportadas por Schulten y los informes de la Comisión española que excavó en el yacimiento a comienzos del siglo XX arroja un total de 23 balas de plomo y otras trescientas de terracota⁸. Dos de las plúmbeas portaban un letrero con cuatro letras griegas que, en el caso de una [vid. *infra*, cat. 1], fue correctamente leído por Schulten como Αἰτω[λῶν]; pero la de la otra [cat. 2], dejó perplejos a sus editores. Curiosamente, esas balas apenas han llamado la atención⁹, a pesar de lo estupendo que resulta el hallazgo de un par de *μολύβδαινα* que atestan la presencia de tropas de un *ethnos* heleno desplegadas tan lejos de sus áreas de actuación habitual¹⁰ y en conexión con las guerras numantinas, es decir, cuando la Confederación Etolia había dejado de ser una potencia militar e iba camino de ser una reliquia del pasado¹¹.

A mediados de los años 90 del pasado siglo, se dieron a conocer otros cuatro proyectiles similares que pertenecen a una colección particular de Sevilla, cuyo propietario piensa que proceden “del sur de Numancia”; aunque el editor sólo mostró la imagen de una de las glandes –las otras tres parecen ser simila-

res en dimensiones, formas y letrero, sólo que su estado de conservación es menos perfecto–, en ella se lee, con total claridad, el letrero Αἰτωλῶν, lo que confirma la noticia de hace un siglo, aunque esta vez, el hallazgo ha tenido mayor repercusión¹².

Hace unos veinte años, un vecino de una aldea cercana a Soria mostró a uno de nosotros una numerosa colección de chumbos que, según dijo, procedían de hallazgos fortuitos acontecidos a lo largo de un período indeterminado en el cerro que abriga la aldea de los duros vientos del Norte y del Este y que los lugareños denominan “El Talayón” o “Alto de la Pedriza”. Aunque la colina está próxima a Numancia y aún se aprecian en su cumbre restos de construcciones antiguas, el orónimo seguramente no dice nada a quien no conozca bien la comarca; todo cambia, sin embargo, cuando se emplea el topónimo alternativo, “La Gran Atalaya”, que es como Schulten, con cierto espíritu teatral, llamó al sitio donde estuvo excavando, entre 1908 y 1912, lo que a todas luces son los vestigios excepcionalmente conservados de importantes obras de castrametación antigua¹³.

Quien nos enseñó las balas era, pues, de Renieblas, y éstas presumiblemente proceden de “los campamentos romanos” situados en el cerro. A ojo de buen cubero, el recipiente que nos mostró debió contener unos doscientos o más proyectiles, de los que se nos entregaron una media docena, elegidos al azar. El examen posterior de las piezas reveló que una estaba inscrita y cuando la estudiamos, mostró sendas leyen-

fabricar balas en grandes cantidades y sin duda fueron empleados en el caso del depósito de Azuga, formado por más de 1900 balas de entre 45 y 55 gr (casi una tonelada de peso), con la leyenda Q. M. o Q. ME., es decir Q. *M(etellus)*, el procónsul de la Ulterior entre 79-71 a.C. (*CIL* I², 2985 = II²7, 885); el hallazgo se produjo a mediados del pasado siglo, cuando varios aficionados locales excavaron en las laderas del mogote donde se asienta el castillo de Miramontes y como las balas aparecieron apiladas verticalmente en montones de varias capas, García y Bellido 1976, “Ejército romano” supuso que estuvieron embaladas y dispuestas para su transporte en cajas de madera. Otro depósito similar (vid. Puig i Cadafach 1911-1912, “Troballa d'armes”), son los casi 1500 chumbos sin inscripción (quizá más de una tonelada de peso) que aparecieron en Ampurias a comienzos del s. XX, junto a otros restos metálicos que ahora sabemos que pertenecieron a una catapulta, haciendo muy probable que los proyectiles fueran los tiros de respeto de la pieza; precisamente, el gran número de balas y, sobre todo, los *modioli* de la catapulta fueron los que indujeron a Bosch Gimpera 1913, “La catapulta d'Empúries” a pensar que lo que se había hallado era los restos de un carrillo de munición.

⁸ Schulten 1927, *Numantia. Die Lager des Scipio*, III, p. 43; *Id.* 1929, *Numantia. Die lager bei Renieblas*, IV; *Id.* 1931, *Numantia. Die Stadt Numantia*, II, p. 248 y p. 268 con lám. 34, n. 23.

⁹ Aunque Schulten volvió sobre la *glans* etolia en casi todas sus publicaciones numantinas y reiteró su hallazgo en un trabajo más general (Schulten 1936, “Die Griechen in Spanien”), la pieza no suele citarse ni en la literatura contemporánea

sobre glandes griegos (Martínez Fernández 2007) ni en la referente a los etolios (Grainger 1999, *League of the Aitolians*; Scholten 2000); incluso, el editor de otros glandes encontrados recientemente en Numancia (vid. *infra* en nota 10), desconocía la aportación de Schulten. Son excepciones a lo anterior García y Bellido 1969, *Numantia*, nt. 29; Simon 1962, *Roms Kriege in Spanien*, p. 176; Manganaro 2000, “Onomastica greca e glandes”, p. 128; Díaz Ariño 2005, “*Glandes inscriptae*”, p. 224.

¹⁰ Salvo en Sicilia (Manganaro 1982 “Monete et ghiande”; 1.2000, “Onomastica greca e glandes”), en el resto del Mediterráneo occidental no son corrientes los chumbos con leyendas en griego. Por eso sorprende que en el Museo Británico se conserven cinco glandes de esas características que se dicen procedentes de Sagunto, según declaración de su donante, un marino de esa nación de comienzo del siglo XIX (Zangemeister 1885, *Glandes plumbeae*, n. 45; *CIL* II, 6248, 10; vid. ahora Aranegui 2003, “Proyectiles de honda de Sagunto”); o que el curioso letrero que porta uno de los glandes de Osuna esté realmente escrito en griego, vid. García Garrido y Lalana 1991, “Glandes de plomo”, 104 n. 12, con foto.

¹¹ Will 1982, *Histoire monde hellénistique*, pp. 217-sq.

¹² Vid. González 1996, “P. Cornelius Scipio Aemilianus et Aetoli” y de él *AE* 1996, 900; *HEp* 7, 945; *SEG* 46, 1371; Grainger 1999, *League of the Aitolians*; Pina Polo 2001, “Die Freunde des Scipio”.

¹³ Schulten 1929, *Numantia. Die lager Lager bei Renieblas*, IV.

das en caras opuestas, que transcribimos como *Q(uitus) Serto(rius)*, *proco(n)s(ul)* y *Pietas*, engrosando así la creciente lista de balas similares encontradas en las últimas décadas en diversos lugares de la Península¹⁴ y que, además, ofrece nuevos (y bienvenidos) datos sobre la cronología de alguno de los *castra* identificados por Schulten en El Talayón¹⁵. Los demás proyectiles en nuestro poder aparentaban ser ágrafos, pero la lectura del artículo de González antes mencionado nos forzó Gómez-Pantoja a revisarlos con mayor cuidado, lo que llevó al descubrimiento de restos de letras en otro ejemplar, que habían pasado desapercibidas en exámenes previos en razón de su desgaste y la erosión; nuestra sorpresa fue considerable al encontrarnos con un proyectil de forma, dimensiones y pesos similares a los descritos por González y que porta también el mismo letrero.

Inicialmente, el propósito de esta nota era la edición apropiada de la nueva bala, pero durante su preparación, las venerables Memorias de la Comisión de Numancia y la obra de Schulten nos indicaban que se habían encontrado otras glandes similares en las excavaciones del comienzo del pasado siglo; a diferencia de lo sucedido a otros colegas que lo intentaron antes, la revisión de los fondos del Museo Numantino nos ha permitido localizar esos materiales y debemos agrade-

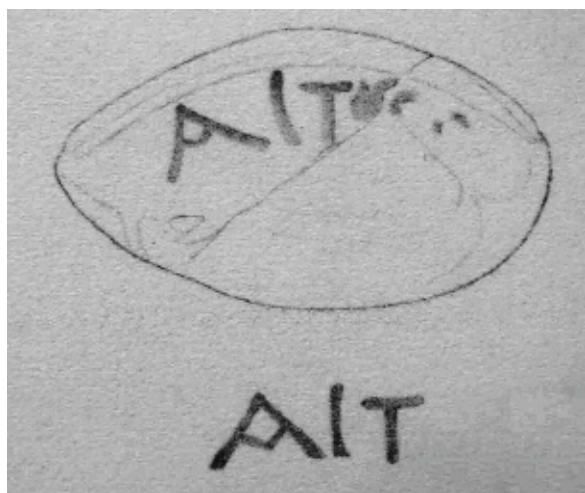


Figura 1. Glande encontrado en Numancia durante las excavaciones de 1905 [cat. 1.] según Schulten 1931, *Numantia. Die Stadt Numantia*, II, p. 248 y p. 268 taf. 34 n. 23.

14 Vd. el reciente inventario de Díaz Ariño 2005, “*Glandes inscriptae*”, pp. 233-235, repetido en Díaz Ariño 2008, *Epigrafía republicana*.

15 Gómez-Pantoja y Morales 2002, “Sertorio en Numancia” (= *AE* 2002, 786; *HEp* 12, 379). Sobre la cronología de los campamentos de Renieblas, vid. *infra*; aunque la bala de Sertorio no puede atribuirse con seguridad a ninguno de los cinco (o seis campamentos) identificados en la cima de El Talayón, si que se trata de un documento que ahora se considera esen-

cial en este punto la ayuda del personal del Museo que no sólo facilitaron la búsqueda sino que, una vez localizados los proyectiles y a la vista de nuestro interés, los limpiaron y restauraron para permitir que fueran fotografiados¹⁶. De este modo, el número de balas con el nombre de los etolios encontradas en Numancia se eleva ahora a diez, cuyas características se describen especificando (en la medida de lo posible) el lugar y circunstancias de hallazgo. Nuestro pequeño catálogo no sólo reivindica lo que Schulten dijo y confirma, de paso, la procedencia numantina de los chumbos de la colección sevillana, sino que plantea la importante cuestión histórica de cuándo y cómo una tropa de honderos etolios participó en un conflicto tan alejado de la esfera de influencia de su *polis*.

III. Catálogo

[A] Numancia

[1] Bala encontrada en la parte sur de la ciudad durante las excavaciones de 1905; Schulten añade que apareció en una zona incendiada (“*in der verbrannten Stadt gefundenen*”), pero sin más detalle, hasta el punto que los únicos datos sobre la pieza se reducen a un dibujo a escala real, del que deducimos la siguiente descripción.

Se trata de una glande de forma almendrada y extremos achatados que debió medir 33 mm de largo y 18 de diámetro. La pieza parece tener incompleta o dañada la superficie del cuarto inferior derecho de la cara representada. El letrero consiste en una línea con tres letras completas y una cuarta de la que únicamente se aprecia la parte superior, en forma de arco; las letras debieron medir unos 5 mm (fig. 1).

Schulten 1931, *Numantia. Die Stadt Numantia*, II, p. 248 y p. 268 taf. 34 n. 23; cfr. Schulten y Barthel 1914, *Numantia. Die Ketiberer und ihre Kriege mit Rom*, I, p. 366; Schulten 1931, *Numantia. Die Stadt Numantia*, II, pp. 42-43; *Id.* Schulten 1936, “Die Griechen in Spanien”; Simon 1962, *Roms Kriege in Spanien*, p. 174; García y Bellido 1969, *Numantia*, nota 29.

Αἰτω/[λῶν]

[2] Pieza perteneciente a un lote de cinco balas “romanas de plomo” (por oposición a otras más, de mayor tamaño y hechas de barro cocido, que son cali-

cial en el creciente consenso para datar el Campamento V en fechas posteriores al cerco de Numancia, quizá incluso y de forma específica, a en la crisis sertoriana, vid. Dobson 2008, *Polybius and the Camps at Numantia*, p. 41.

16 Aunque nuestro agradecimiento es hacia todo el personal de Museo, debemos hacerlo constar de modo especial en lo que toca a su Conservadora, Marian Arlegui, y al fotógrafo Alejandro Plaza, a quien se deben algunas de las fotos que acompañan este artículo.

ficadas como "ibéricas"), encontradas durante las excavaciones realizadas por la Comisión Ejecutiva entre 1906 y 1910. La información disponible sobre el glande incluye las medidas y la indicación de que contiene un letrero griego; sin embargo, no se puede distinguir con certeza de las otras cuatro balas que figuran en la fotografía del lote porque no se ve la inscripción. No obstante, conociendo sus medidas, teniendo en cuenta la peculiar forma de los otros proyectiles etolios y lo que se conserva del letrero, estamos seguros de que se trata del chumbo registrado con el n.º 13.610 en el Inventario del Museo Numantino, donde hemos podido examinarlo y, a partir de ahí, identificarlo en la mencionada fotografía.

Glande de forma almendrada y quizá con restos de la rebaba por mal ajuste del molde. Medía 33 mm de largo, con diámetro medio de 16,5 mm; peso: 47 gr. Letras de 5 mm en un sólo renglón, leídas por los primeros editores como ΑΙΠΩ (fig. 2 A y B)



Figura 2a. Grupo de cinco glandes "romanas" encontradas en Numancia entre 1906 y 1912, según Taracena AA.VV. 1912, *Excavaciones en Numancia* 1912, p. 47 y lám. 49; marcada con un círculo, [cat. 2].



Figura 2b. Glande del Museo Numantino de Soria, inv. 13610 [cat. 2]. © Junta de Castilla y León, Museo Numantino, Alejandro Plaza.

AA.VV. 1912, *Excavaciones de Numancia*, p. 47 y lám 49.

Αἰτω/[λῶν]

Los primeros editores leyeron ΑΙΠΩ (sic!), sin darse cuenta del significado del letrero.

También en el Museo Numantino se conservan otros tres proyectiles de plomo procedentes de las excavaciones de la ciudad. Suponemos que proceden de las campañas descritas en las *Memorias* de 1923 y 1926; en la primera se mencionan 15 glandes, es decir, la suma de dos lotes de 9 y 8 (sic!)¹⁷; en la de 1926¹⁸ se nombra otro conjunto de 8 balas encontrado en el mismo sector que las anteriores, por lo que sospechamos que González Simancas simplemente volvió sobre el segundo de los lotes encontrados unos años antes.

[3] Inventariado con el n. 13612 y procedente de las excavaciones de 1920-1921 en la calle R .

Proyectil de forma almendrada y sección circular ligeramente aplastada; presenta una profunda erosión en el lado izquierdo de la cara inscrita, que afecta levemente al letrero. La rebaba que recorre longitudinalmente la pieza debe proceder del mal ajuste del molde durante el proceso de fundición. Mide 34 mm de longitud y sus diámetros son 18 y 16 mm. Pesa 51,8 gr. Las letras, dispuestas en dos líneas y marcadas con escaso relieve, miden 5 mm (fig. 3).

Inédita.

[A]ἰτω/λῶν

[4] Inventariado con el n. 13614. Mismas circunstancias de hallazgo y transmisión que el anterior [cat. 3].

Glande de forma almendrada y sección circular ligeramente aplastada. La rebaba longitudinal producida por el mal ajuste del molde y tan característica de estos proyectiles aparece en éste muy poco marcada, quizá porque fue cortada o martillada tras retirarla del molde; en cambio, el pico izquierdo es más alargado



Figura 3. Glande del Museo Numantino de Soria, inv. 13612 [cat. 3]. © Junta de Castilla y León, Museo Numantino, Alejandro Plaza.

17 Mélida y Taracena 1923, *Excavaciones de Numancia*.

18 González Simancas 1926, *Fortificaciones de Numancia*.

que en otras balas, posiblemente porque no se desprendió bien el metal de la vena del molde. La superficie presenta muchas concreciones que ocultan parcialmente la inscripción. Mide 35 mm de longitud y sus diámetros, 18 y 15 mm. Pesa 49,7 gr. Como en los casos anteriores, el rótulo está dispuesto en dos líneas con letras de 5 mm (fig. 4).



Figura 4. Glande del Museo Numantino de Soria, inv. 13614 [cat. 4]. © Junta de Castilla y León, Museo Numantino, Alejandro Plaza.

Inédita.

[Αἰ]τω/λῶν

[5] Inventariado con el n.º 13.617. Mismas circunstancias de hallazgo y transmisión que los anteriores [cat. 3 y 4].

Bala de forma almendrada y sección circular ligeramente aplastada, con rebaba longitudinal bien marcada e impacto en el lado derecho de la cara ágrafa. Mide 33 mm de longitud y sus diámetros son 18 y 15 mm. Pesa 45,3 gr. La inscripción se reparte en dos líneas, con letras de 4,5 mm (fig. 5).

Inédita.

Αἰτω/λῶν



Figura 5. Glande del Museo Numantino de Soria, inv. 13617 [cat. 5]. © Junta de Castilla y León, Museo Numantino, Alejandro Plaza.

[B] Campamentos de la Circunvalación

[6] Una glande perteneciente a una colección particular de Sevilla. Descrita como de “forma ovalada, con la peculiaridad de que no presenta línea de sutura entres sus dos mitades”¹⁹; mide 18 x 32 x 15 mm. Letras distribuidas en dos líneas, miden 5 mm y su relieve es muy nítido. Según la información proporcionada al editor, fue “encontrada en uno de los antiguos campamentos al sur de las ruínas de Numancia”, lo que le hace suponer que procede del de Peña Redonda, La Rasa o La Dehesilla (fig. 6)



Figura 6. Una de las cuatro glandes similares que pertenecen a una colección particular de Sevilla y que se dicen encontradas en algún punto “al sur de Numancia” [cat. 6], según González 1996, “P. Cornelius Scipio Aemilianus et Aetoli”, p. 143.

González 1996, “P. Cornelius Scipio Aemilianus et Aetoli”, p. 143, con foto (= *AE* 1996, 900; *HEp* 7, 945; *SEG* 46, 1371).

Αἰτω/λῶν

[7 a 9] Otras tres balas pertenecientes a la colección particular antes mencionada y encontradas junto a [cat. 6]; se desconocen sus respectivas medidas y pesos pero el editor señala que son en todo parecidas a la descrita, salvo que los letreros estaban en peor estado de conservación; no se conocen detalles sobre la condición del letrero.

González 1996, “P. Cornelius Scipio Aemilianus et Aetoli”, p. 143.

[C] El Talayón, Renieblas

[10] Proyectil encontrado en prospecciones de superficie en el cerro del Talayón o de la Gran Atalaya, junto a Renieblas (Soria). En poder de uno de nosotros

19 González considera el rasgo como algo que distingue esta bala de las “romanas”; como se puede apreciar en otros ejemplares del catálogo, esa característica nada tiene que ver con

la procedencia o el diseño de los chumbos sino que es un mero accidente de la fundición y posterior libranza del molde.

(FMH), quien la recibió de su descubridor hace unos 20 años.

Proyectil de forma almendrada y sección circular ovalada, cuya superficie está ligeramente alterada como consecuencia de golpes y cortes no derivados del uso. Rebaba longitudinal del molde muy marcada en uno de los lados mientras que en otro se le ha suprimido mediante dos grandes cortes; el pico izquierdo es más largo que el derecho, por tratarse del corte del canal de llenado. Mide 35 mm de longitud y los diámetros 18 y 14 mm. La inscripción en dos líneas, con relieve poco marcado y afectada por las heridas de la superficie antes mencionadas; letras de tamaño irregular entre 4,5 y 6 mm (fig. 7).

Inédita.

Αἶτω/λῶν

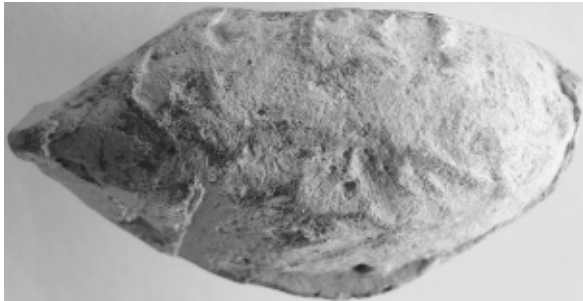


Figura 7. Glande encontrada en El Talayón de Renieblas [cat. 10]. © Fernando Morales Hernández.

IV. Particularidades de las glandes

Todas las piezas catalogadas presentan unas características que permiten diferenciarlas de otros chumbos contemporáneos, tanto los presentes en la colección numantina como los procedentes de otros lugares que habitualmente pasan por “romanos”, cuyas formas son más redondeadas y carecen de letreros.

[A] Moldes

Las rebabas y las líneas longitudinales de ajuste que presentan todas las piezas que hemos examinado denuncian que en su fabricación, más o menos esmerada, se emplearon moldes bivalvos, posiblemente de arcilla cocida. La uniformidad en la forma y tamaño de las piezas, así como la similitud de los pesos, podría entenderse como indicativa del empleo de moldes fabricados con un mismo cuño. Sin embargo, las leves diferencias halladas en las inscripciones, y en la grafía de las mismas, parecen deberse al empleo de cuños diferentes, en el mismo molde o en moldes distintos,

de los que sin duda habría varios para atender las necesidades de toda la partida etolia.

[B] Tamaño

El conjunto resulta uniforme de tamaño, con longitudes que oscilan entre los 32 mm [cat. 6] y los 35 mm [cat. 4 y 10], lo que deja la media en 33 mm [cat. 1, 2, 5]; nótese que estas dimensiones dependen directamente del modo en que fue cortada la bala al sacarla del molde.

La sección transversal, que tiene forma elíptica o de círculo deformado, ofrece dos diámetros: uno, el mayor, de 18 mm; y otro que oscila entre los 14 y 16 mm, posiblemente por variación de una medida ideal de 15 mm.

[C] Pesos

Aunque se trata de piezas moldeadas, conseguir proyectiles uniformes es tarea delicada pues el peso se altera con cualquier variación del tamaño, la forma o la cantidad de metal empleada en la bala. El detalle es de importancia funcional ya que la homogeneidad del peso afecta al control del disparo, del que depende el alcance y la puntería de los chumbos.

Los pesos de las glandes del catálogo oscilan entre los entre 51,8 gr del más pesado [cat. 2] y los 41,1 gr del más liviano [cat.10], al que suponemos que se le había retirado una rebaba excesiva y el peso medio de las cuatro piezas enteras es 48,4 gr, que no se aleja demasiado del peso medio de los 7 proyectiles de los que conocemos su peso, que resulta ser 46,98 gr.

[D] Forma

Este es un rasgo propio de estos proyectiles, que permite fácilmente diferenciarlos de otros similares y de la misma procedencia conservados en el Museo Numantino, como se aprecia en la fotografía de un lote de ellos publicada por Mélida y Taracena. Aunque el corte longitudinal de las balas ofrece la esperada forma “glandiforme”, aquí se trata más de un perfil almendrado, porque un extremo es apuntado y el otro más globular o romo; se trata, pues, del tipo 1C de la tipología de Völling²⁰ y muy posiblemente, la pequeña protuberancia o pezón que se aprecia en el extremo izquierdo de muchos de los chumbos corresponde al corte de metal presente en la vena del molde. La sección menor, en cambio, es siempre elíptica o circular deformada.

Casi todos los proyectiles muestran en mayor o menor grado la marca longitudinal provocada por el imperfecto ajuste de las valvas del molde, es decir, una rebaba.

20 Völling 1990, “Funditores im röm”, pp. 34-45.

[E] Inscripción

Sin embargo, lo que diferencia estas glandes de cualesquiera otras encontradas en la Península Ibérica hasta ahora es el letrero en letras griegas. Éste aparece distribuido en dos líneas, siempre ajustados a la forma del glande y bien centrado, llenando casi en su totalidad la cara inscrita, mientras que la otra, la anepígrafa, es completamente lisa. El módulo de las letras oscila entre 4,5 y 6 mm, con una mayor frecuencia de las letras de 5 mm propias de las mejores piezas.

Algunas letras son peculiares por su grafía, como sucede con la *alpha*, cuyo signo distintivo es el travesaño angular en forma de V; en general, la ejecución de las letras es bastante uniforme en todos los ejemplares, aunque con particularidades individuales, como sucede en el caso de la *omega*, que en unas balas lleva el arco perfectamente circular y en otras, apuntado; la *lambda* se trazó en la mejor pieza con la forma de un ángulo, que resulta asimétrico en otras de peor ejecución [cat. n. 5]; la *nu* varía de un proyectil a otro en la abertura de los ángulos y en el tamaño de las astas.

Fuera de unos pocos chumbos itálicos de comienzos del s. I a.C.²¹, la costumbre de grabar en las balas el étnico en genitivo de la polis beligerante²², fue una práctica característicamente helena y muy difundida, porque son tan numerosos los glandes inscritos con estas leyendas que cualquier clasificación morfológica de este material reconoce en ellos uno de los grupos característicos. Debí de ser, además, una moda relativamente temprana, porque proyectiles de plomo con el nombre de los de Cnosos se hallaron en el palacio de Minos, dos de ellos aparecidos en un estrato tan profundo y no alterado que les atribuye gran antigüedad²³. Las leyendas de otras balas procedentes de lugares diversos de la Hélade y pertenecientes a distintos momentos, documentan los étnicos de Aqueos y Beocios y de los habitantes de Aptaera, Catania,

Cnosos, Corinto, Falasarna, Gortina, Heraclea, Hergeta, Leontinos, Mesenia, Rodas y Tauromenion²⁴. Pero los ejemplos mejor conocidos de esta clase de balas proceden de Olinto y de lugares alrededor de esa ciudad, donde han aparecido chumbos con las leyendas Ὀλυνθίων y Ἀθηναίων, que se suponen del 421/420 a.C., cuando los de Olinto asaltaron y arrebataron a los atenienses Mekyberna, la vecina localidad que les servía de puerto²⁵.

V. Quiénes emplearon las glandes y cuándo

-Los etolios

Aunque las balas de Numancia son por el momento las únicas de su tipo conocidas, la analogía con las de otros *ethnoi* y el que su leyenda sea similar a la que aparece en diversas series de estateras, tetradracmas y otras monedas de bronce que se atribuyen corrientemente a la Liga o Confederación de los Etolios²⁶, deja claro que fueron fundidas por y para esa gente, que en la Grecia antigua se identificaba con los habitantes de la franja de terreno montañoso que desde las estribaciones del macizo del Pindo se asoman a los Golfos de Corinto y Kalydonia²⁷. La comarca era entonces (y sigue siendo) una tierra montaraz, cuyos recursos agrícolas se concentraban en las escasas llanuras litorales y en los fondos de los estrechos de los valles fluviales, lo que condicionaba directamente la situación y el número de quienes allí vivían. Durante las épocas clásica y helenística, esas gentes fueron fundamentalmente pescadores, pastores y cazadores, habiendo entre ellos pocos agricultores y aún menos población urbana; a los ojos de los demás griegos, esa pobreza era suficiente para explicar de forma satisfactoria y lógica por qué los etolios tenían fama de piratas, bandideros y mercenarios sin conciencia, ya que era bien sabido que se trataba de un pueblo violento y que se mostraba muy poco respetuoso con las propiedades,

21 Zangemeister 1885, *Glandes plumbeae*, n. 3a: *Itali*.

22 Fougères 1896, "Glans", 1610.

23 Evans 1928, *Palace of Minos*, pp. 344-346 *apud* Pritchett 1974, *The Greek State at War*, V, 50-V, 51 = *ICret I*, VIII, nn. 43-45.

24 Sin pretensión alguna de que la lista sea exhaustiva (la dispersión de los datos en una multitud de publicaciones hace de ello una tarea ardua, incluso para los especialistas), vid. *CIG* 5570d, 5687, 8530b; Foss 1974, "Greek Sling", p. 40, nn. 12-40, nn. 13; Manganaro 1982 "Monete et ghiande", p.f 24; Vischer 1877, "Antike Schleudergeschosse", pp. 260-261, nn. 25-26, 28; Manganaro 2000, "Onomastica greca e glandes", p.130; Martínez Fernández 2007, "Glandes en la Antigua Grecia", pp. 400-401.

25 Robinson 1941, *Excavations at Olynthus*, p. 424

26 AA.VV. 1972, *Sylloge nummorum graecorum*, nn. 637 nn. 638; Robinson 1941, *Excavations at Olynthus*, nn.1685-nn. 1690; Robinson y Davis 1936, *Sylloge Nummorum Graecorum*, n. 186.

27 Vid. la síntesis de Freitag *et. al.* 2004, "Aitolia". Nuestro conocimiento de Etolia y los etolios se ha beneficiado enormemente del interés erudito de los últimos treinta años. Por un lado, tres equipos holandeses, trabajando coordinadamente, han investigado los aspectos arqueológicos del poblamiento antiguo (Bommeljé y Doorn 1987, *Aetolia*), uno de sus principales núcleos urbanos, Kallipolis (Bakhuizen 1996, "Aitolian Raiding", pp. 229-232), mientras que el tercer grupo ha estudiado, desde un punto de vista geográfico, los datos demográficos y económicos disponibles para el período entre circa 1500-1940, con algunos resultados de interés para la época antigua (Doorn y Bommeljé 1990, "Transhumance in Aetolia", por ejemplo). Además, de forma individual, otros cuatro investigadores han publicado sendas monografías de fuste: Antonetti 1990, *Les Étoliens*; Funke 1985, *Aitolischen Bundes, non vidimus*, pero sí Funke 1991, "Städtischer in Aitolien"; Grainger 1999, *League of the Aitolians* y Scholten 2000, *Aitolians and their Koinon*.

vidas e, incluso, con los santuarios de sus vecinos. El prejuicio está fehacientemente atestiguado desde mediados del s. V a.C.²⁸, pero su más explícito e influyente vocero fue Polibio, cuya antipatía residía en motivos personales y literarios; entre los primeros estaban el que él era aqueo y los etolios no sólo fueron los antagonistas tradicionales de su pueblo sino también los causantes de su derrota frente a Roma, ya que fue un corriente tópico literario achacar a las inestables relaciones de los etolios con sus vecinos la pérdida de Grecia, porque primero facilitaron la entrada de los romanos en los asuntos helénicos y luego, los provocaron insensatamente hasta acarrear su propia destrucción y la de otras *poleis*. Polibio es en gran medida responsable de la caracterización tópica de los etolios, un retrato que seguía (y sigue) repitiéndose cuando ni siquiera queda ya memoria de sus maldades²⁹.

Sin embargo, en marcado contraste con esa imagen justificada de gente sin ley ni escrúpulos, la investigación reciente gusta de resaltar que los etolios también fueron capaces de romper los estrechos límites sociales y organizativos que tradición y costumbres imponían a la política griega y cómo, en respuesta a la invasión de su tierra por los macedonios (314-311 a.C.) o la incursión de los galos en el 279, constituyeron (como antes habían hecho sus vecinos aqueos) una Liga o Confederación (τὸ κοινὸν τῶν Αἰτωλῶν) que no sólo fue capaz de defender el solar del *ethnos*, expandirlo y mantenerlo a salvo de poderosos enemigos sino que innovaron el modo helénico de entender las relaciones internacionales: en vez de la masacre de los vencidos, la esclavitud para los supervivientes y la colonización del territorio, se optó por incluirlos como miembros de la Liga, que así dejó de ser una reunión de montaraces retrasados y aislados para convertirse en una potencia en Grecia Central, sobre la que ejercía una hegemonía basada en el control de la anfictiónía de Delfos, y en el contrapeso de macedonios y aqueos³⁰.

El objetivo primordial de la Liga fue la defensa común, que la debilidad demográfica del *ethnos* impedía que se basase en tropas numerosas³¹; a cambio, algunas fortificaciones juiciosamente establecidas reforzaron las dificultades que presentaba la difícil oro-

grafía de la región al potencial invasor, quien debía vérselas, además, con fuerzas de caballería e infantería ligera capaces de hostigarle hasta el aniquilamiento. Mientras que fue unánime el juicio de los contemporáneos de que esas tropas eran de escasa eficacia en campo abierto, todos coinciden en que el valor y la iniciativa individual de los etolios, unido a su armamento, los convertía en excelentes batidores y exploradores, así como en formidables oponentes cuando se trataba de golpes de mano, emboscadas e incursiones, lo que obligaba a sus enemigos —declarados o potenciales— a vigilar cuidadosamente sus flancos porque un ataque de esa clase podía desestabilizar cualquier arreglo estratégico³².

La misión defensiva de la Liga obligaba a que existieran acuerdos vinculantes entre sus miembros, especialmente en tiempos de emergencia. Pero en circunstancias menos apremiantes, a los etolios les debió costar ponerse de acuerdo y Polibio les acusó de desarrollar una política exterior inconsistente e irresponsable, porque no siempre pudieron impedir —aunque quizá trataron de canalizar—, las incursiones y saqueos que diversas bandas de los suyos llevaron a cabo habitualmente contra los otros griegos en busca de rapiña y botín. Por otra parte, las circunstancias internacionales imperantes en el Mediterráneo oriental durante el siglo III y la primera década del II a.C. hicieron que los etolios fueran protagonistas esenciales de la historia helénica, primero por su oposición a la expansiva Macedonia, luego participando activamente en la igualada lucha por la hegemonía entre las potencias helénicas y, finalmente, a partir del 212, facilitando la entrada de Roma en los asuntos griegos. Esto último parece haber sido el mayor reproche de Polibio a los etolios, porque su arrogancia e insensatez les llevó unas veces a comportarse servilmente con Roma y en otras ocasiones, a tratarles con insensata arrogancia y falta de respeto, lo que acarreó a la postre su perdición y con ella, la de los demás griegos. Las duras condiciones del tratado de 189 a.C. acarrearón a la Liga Etolia importantes pérdidas territoriales, el reconocimiento explícito de la tutela romana en asuntos internacionales, multas pecuniarias y la progresiva descomposición de la Confederación, que fue incapaz de evitar a

28 Uno de los primeros testimonios de esa mala prensa es Tucídides, 1.5.3; pero su más perfecta expresión es el conciso dicho de Max. Tyr, *Diss.* 23.3: τὰ Αἰτωλικά ληστεῖαι, que fue aprovechado y adaptado por Liv. 34.24.2: *latrones Aetoli*.

29 Antonetti 1990, *Les Étolien*, pp. 69-143, con un excelente análisis del prejuicio, pero el alcance del mismo es mucho más aparente en palabras de un otro autor moderno: *I am aware of the view of the Ancients and of more recent critics that the world Aitolians and bandits or pirates are almost synonymous notions* (Bakhuizen 1996, "Aitolian Raiding", p. 223).

30 Scholten 2000, *Aitolians and their Koinon*.

31 Obviamente no hay censos al respecto y las estimaciones

modernas de la fuerza que la Liga era capaz de poner en combate varían entre los diez o doce mil hombre que Launey supone como consecuencia de una fuerte expansión demográfica a fines del s. III hasta un número equivalente a una legión romana (circa 6000 hombres), que calcula Greigner.

32 Nuestras fuentes guardan memoria de los etolios llevando a cabo audaces golpes de mano que, en ocasiones, resolvieron la jornada con escaso derramamiento de sangre, vid. Launey et al. 1987, *Les armées hellénistiques*, pp. 176-196; en cambio, la opinión antigua dudaba de su escasa eficacia en campo abierto, *ibid.* p. 200, donde se refiere lo dicho por Polibio (18.22.5) y Livio (33.7.13).

mediados del s. II a.C. los enfrentamientos entre facciones que acarrearán sangrientos conflictos internos.

A partir del siglo III a.C., es frecuente encontrar combatientes etolios en todos los escenarios en los que pelearon ejércitos helenísticos, incluida Italia³³; tan corriente fue el recurso a esos soldados de fortuna que son muchas las veces en las que, a lo largo del siglo III, las fuentes recuerdan la presencia de contingentes etolios peleando simultáneamente en los dos bandos, lo que a veces causó resultados inesperados³⁴. Cómo acomodaba la Confederación Etolia sus relaciones internacionales con la actividad de sus súbditos actuando como mercenarios para otros poderes, es un asunto discutido, pero de lo que no cabe duda es que esa ocupación enriqueció a los etolios y les otorgó su mala imagen, porque quienes los reclutaban y mandaban emplearon a estos excepcionales combatientes en saqueos, golpes de mano e incursiones que alcanzaron una gran repercusión por su audacia, por la violencia con la que se ejecutaban y por sus resultados en víctimas y botín. Como dice Polibio, es muy probable que la desintegración de la Liga y la creciente irrelevancia de Etolia en los asuntos griegos fuera consecuencia de la intervención romana, que terminó impidiendo que se dedicasen a lo que había sido su medio de vida habitual, esto es, la rapiña a costa de los otros griegosvecinos.

Tratándose de tropas ligeras, el armamento usual de los etolios fue más ofensivo que defensivo, predo-

minando las armas arrojadas. Las noticias contemporáneas los señalan como excelentes honderos, a la par o en la misma liga que acarnianos, aqueos, baleares, cretenses y rodios; tan buenos debieron de ser manejando la honda que hay autores antiguos que sitúan en Etolia la invención de este arma³⁵. A pesar de lo cual, y por paradójico que parezca, no consta que en Grecia y en otros lugares del Mediterráneo Oriental donde se sabe que los etolios se movieron habitualmente hayan aparecido glandes como las de Numancia. Bien mirado, esa carencia no es tan sorprendente porque, a excepción del testimonio de Estrabón, no hay ningún relato antiguo que resalte o alabe la habilidad de los etolios con la honda, ni que hubiera soldados de ese origen especializados en ese arma ni tampoco, por último, hay testimonio escrito alguno sobre la presencia de honderos etolios en algunas de las innumerables listas de combatientes que pelearon en las muchas batallas ocurridas en el Mediterráneo en aquellos siglos³⁶.

-La fecha de las glandes

Ya se ha hecho notar que el letrero de los glandes de Numancia refiere su uso al período en el que estuvo activa la Liga o Confederación Etolia, un dato de escasa utilidad porque abarca casi dos siglos. Por otra parte, incluso durante el *floruit* de la Liga Etolia, tanto ésta como aquellos de sus miembros dedicados a actividades corsarias o piráticas mostraron muy escaso

33 La noticia es de Dio. Cas. 20.1.2, quien sitúa a los etolios combatiendo en la batalla de *Asculum* a las órdenes de Pirro.

34 Lágidas y Selúcidas (pero no exclusivamente ellos) se beneficiaron de la disponibilidad de reclutas o de la inclinación etolia hacia el servicio mercenario. Una famosa ocasión en la que el cambio de lealtad etolia influyó en la guerra la recuerda Pol. 5.81, refiriendo lo que le sucedió al Théodotos, quien había sido gobernador de la Celesiria al servicio de Ptolomeo Evergetes y que, en ese puesto, había detenido en 221-220 la invasión de Antígonos; sin embargo, sintiéndose traicionado por los egipcios, Théodotos se pasó con tropas y bagajes a Antioco III, que le puso al frente de un par de ciudades de Siria. En 217, en vísperas de la batalla de Rafia, el etolio comandaba una división del ejército de Antioco, y planeó lo que ahora llamaríamos una audaz acción de guerra silenciosa: entrar en el campamento enemigo y matar al faraón; a este fin, él y otros dos compañeros penetraron en la tienda real y asesinaron al médico de corte y a otros dos, porque Ptolomeo Filopator había decidido dormir esa noche en otro lugar del campamento; perpetrada la audaz incursión, Théodotos y sus compañeros regresaron indemnes a su base.

35 Si no su descubrimiento, sí al menos la introducción del arma en Grecia. La leyenda fue recogida por Str. 8.3.33, quien relata el asimétrico combate entre un hondero etolio y su oponente, armado con arco; venció el primero gracias al mayor alcance de las balas de honda, ganando con ello el solar ancestral de los etolios. El cuento de Estrabón puede ser una variante de la misma idea sostenida por Tucídides (2.81), quien atribuye el invento a los de Acarnania; nótese que ésta no es sólo la región es vecina de Etolia, a la que más de una

ocasión estuvo unida. De todos modos, esos orígenes legendarios no fueron unánimemente aceptados, puesto que Plinio (*HN.*, 7.56) atribuye el invento a los fenicios y Vegetio (*Mil.*, 1.17) lo radica en las Baleares, que fue también tierra de excelentes honderos y tenidos por muchos de estirpe fenicia. Como es lógico, ni unos ni otros estaban absolutamente en lo cierto, puesto que numerosos testimonios plásticos y algunos hallazgos arqueológicos indican que el instrumento llevaba excelentemente siglos antes, quizá desde época prehistórica como suponía Gordon Childe (vid. Korfmann 1973, "The Sling as a Weapon"), lo que ciertamente encuentra confirmación en una escena rupestre de la fase neolítica de Çatal Hüyük, vid. Ferrill 1985, *The origins of war*, p. 24; un recuento exhaustivo de ese y otros testimonios de Asia Menor en Korfmann 1972, *Schleuder und Bogen in Südwestasien*. Muy antiguas y ciertamente bien datadas (s. XIV a.C.) son las dos hondas descubiertas por H. Carter en uno de los recintos del hipogeo de Tutankhamon y que describió como *A pair of finely plaited (linen) string slings for hurling stones (Badly perished.)*, vid. H. Carter, *Lista manuscrita de hallazgos*, n. 585Y, con la fotografía de H. Burton, neg. p1324; ambos conservados en The H. Carter Archives, The Griffith Institute, Oxford University y disponibles en <http://www.griffith.ox.ac.uk/gri/carter/585y-c585xz.html> (consultada Dic. 2008); las piezas están actualmente en exhibición en el Museo Egipcio de El Cairo (inv. JE 61572, 61573; Exhib. 1084), vid. Olson 2008, nt. 2.

36 Vid. a este respecto, la relación de testimonios sobre el empleo militar de honderos que compiló Pritchett 1974, *The Greek State at War*, V, 54.

interés por lo que había más allá del Estrecho de Otranto³⁷, por lo que es difícil pensar una causa lógica que justifique el despliegue de σφενδονήται etolios en la otra punta del Mediterráneo, salvo que ésta esté ligada a las circunstancias impuestas por la *deditio* del 188 a.C., cuando la política exterior de la Liga debió necesariamente subordinarse a los intereses de Roma³⁸. Desgraciadamente, como se ha hecho notar con frecuencia, la historia de las *poleis* griegas después de Pidna se conoce bastante mal, porque el período corresponde a la parte de la obra de Polibio que ha llegado de forma fragmentaria y Livio sólo se interesó por lo que sucedía en la zona sólo cuando sus habitantes provocaban (o sufrían) la intervención militar de Roma; como resumió Gruen, “la luz de las fuentes sólo ilumina algunos aspectos; la mayoría permanece en la oscuridad”³⁹. Este juicio se aplica de modo especial a los etolios, porque la última ocasión en que nuestras autoridades mostraron un interés constante por ellos fue durante la sangrienta guerra civil de los años 60 del siglo II a.C., que, según Polibio, resultó de la pérdida de su modo de vida tradicional —el medro a costa de los otros griegos—, que impuso la *pax romana*. El cese de la piratería y de los saqueos provocó un sangriento conflicto civil en el que uno de los bandos, casualmente el pro-romano, ordenó la matanza de más de 500 *principes Aetolorum*, envió a otros al exilio y expropió las propiedades de los enemigos exiliados o muertos, mientras las tropas guarnicionadas en la zona no sólo no impidieron el baño de sangre sino que parecen haber asistido a quienes lo ejecutaban; más tarde, cuando los sobrevivientes se quejaron al procónsul, éste se limitó a reprochar el comportamiento de su subordinado pero no se pronunció sobre la matanza, lo que para muchos sonó a condonación⁴⁰. Después de este terrible golpe, la Liga se descompuso poco a poco y la pasada preeminencia en la anficiónía délfica fue diluyéndose en sucesivas pérdidas territoriales: al regresar al estadio de pueblos marginales que mal medraban en las laderas del Pindo, los etolios dejaron de ser relevantes en una Hélade en la que Roma tuvo siempre la última palabra, aunque en muchas ocasiones tardara en pronunciarla.

Un buen indicio del declive de la influencia etolia y de la preeminencia de Roma es lo sucedido en Heraclea del Oeta, que fue una de las fortalezas más tradicionales de la frontera etolia; una noticia casi anecdótica de Pausanias narra como un enviado del Senado decretó en 147-146 a.C. que ese lugar era uno de los “...que no tenían nada que ver con la raza aquea... y se había adherido tarde a Liga Aquea”, por lo que no podía continuar siendo parte de ella⁴¹; se ignora cuándo y cómo se produjo la transferencia de soberanía del lugar, aunque hay indicios de que ello pudo haber pasado unos diez años antes de la fecha citada. Lo interesante aquí es que la decisión del delegado romano parece haber sido suficiente para que Heraclea retornase inmediatamente a control etolio, sin que éstos intervinieran y en contra de lo que querían los aqueos, quienes sitiaron el lugar en la primera oportunidad que se les presentó, pero la operación hubo de ser abortada ya en 146 a.C., ante el avance desde Macedonia del vencedor de Andrisco, Q. Cecilio Metelo, que se adelantó a la llegada del cónsul de ese año, a quien se le había encomendado la misión de acabar con la revuelta de los aqueos⁴². Nótese que esos hechos son contemporáneos de las guerras celtibéricas, pero sucedieron en el largo parentesis pacífico entre 151 y 143 a.C. que resultó del tratado negociado por Claudio Marcelo y al que ambas partes (pero Roma de modo especial) se ciñeron escrupulosamente; nótese que fue precisamente al asegurar la situación en Grecia y Oriente cuando el Senado decidió reanudar las hostilidades en Celtiberia y el encargado de hacerlo fue uno de los cónsules del 143 que se había asegurado fama de buen general en Macedonia y en la guerra Aquea, Q. Cecilio Metelo, apodado por lo anterior “Macedónico”.

Algunos indicios apuntan a que en esos momentos la Liga Etolia aún seguía existiendo; el más interesante de ellos se refiere a la larga serie de acuñaciones del *koinon*, que van signadas con un letrero similar al empleado en los glandes de Numancia, Αἰτωλῶν. Generalmente, esas monedas se tendían a datar en el período de mayor vitalidad política e histórica del emisor, es decir, entre los años 279 y el 168 a.C.⁴³, pero el

37 Bernard 2005, 38, quien cita a Souza 1999, 7-76, *non vidimus*.

38 En la guerra contra Perseo, Livio reporta la presencia de pequeños destacamentos etolios peleando al lado de los romanos: en 171-170, toda la caballería federal y alguna infantería (Liv. 42.55.10), mientras que al año siguiente, durante el incidente de Strato, los etolios aportaron apenas cien jinetes y 600 soldados (Liv. 42.60.9).

39 Gruen 1984, *Hellenistic World*, p. 481.

40 Liv. 45.28.6-8; Pol. 30.11.5; Liv. 45.31.5-9. Como a finales del s. I a.C., los etolios fueron desalojados de sus aldeas ancestrales y obligados a asentarse en los valles y ciudades costeras (Nicopolis, Patras y Amphisa), uno tiene la impresión de que las relaciones de Roma con ellos se guiaron por los

mismos principios empleados con otros pueblos montañoses con los que se había enfrentado antes o lo hizo en años venideros: samnitas y ligures en Italia; celtíberos y lusitanos en Hispania; pictos en Britania; mauros en el Atlas e ilirios en Dalmacia. Considerando que estas poblaciones eran irreducibles a las formas políticas propias y que siempre constituirían un factor de inestabilidad, procedieron a su completa sumisión y desarraigo, un proceso casi siempre multiseccular y siempre violento.

41 Paus. 7.14.1 según la trad. de A. Tovar (1946).

42 *Ibid.* 7.15.1-sq., especialmente 3 y 9.

43 Gardner y Poole 1883, *Catalogue of Greek coins*, pp. 194-200.

análisis más pausado de las circunstancias históricas y de la propia información contenida en las monedas ha permitido precisar la fecha de las diversas series y ampliar el período de vitalidad del emisor, especialmente después del hallazgo y análisis del espectacular tesoro de Agirion. Lo que se encontró en esa localidad del norte de Grecia fue un numeroso ocultamiento⁴⁴ formado por 1384 monedas procedentes de muchos lugares de Grecia pero con especial predominancia de las emisiones aqueas (más de un millar), etolias (97, lo que constituye el mayor número de piezas de ese origen jamás encontradas juntas), calcídicas (72), de Sycion (50), atenienses (39) y de otros lugares, junto con 39 denarios romanos: su editora supone que el contenido del tesoro corresponde a las monedas en circulación en Etolia en la fecha en que se produjo el ocultamiento, que —a tenor de las bien datadas series atenienses y aqueas—, calculó que se produjo entre 150-140 a.C., aunque las fechas atribuidas a los denarios romanos son algo más tardías, porque van hasta el 135 o algo menos, es decir, contemporáneas de los sucesos numantinos⁴⁵.

Esta datación queda ciertamente confirmada por un corto número de inscripciones que mencionan ocasionalmente los nombres de los *strategoí* de la Liga, pero nunca encabezando epígrafes que pueden considerarse actos oficiales del *ethnos*⁴⁶. Por otro lado, los etolios fueron los únicos griegos con los de Tesalia que aportaron tropas a Roma durante la primera Guerra Mitridática, pero no se sabe si se trató de un destacamento enviado por la Liga o, por el contrario, de una recluta forzada por los romanos, porque hay motivos para dudar que el apoyo fuera dado libremente⁴⁷. Grainger equipara este acontecimiento con lo que les sucedió a otras *poleis* que, independientemente de su voluntad o sus intereses, se vieron envueltas en las diversas operaciones militares que tuvieron lugar en Grecia durante la Guerra entre Pompeyo y César: así, entre las tropas de Domicio Calvino en el 48 hubo un destacamento etolio, quienes formaron también en las filas de los dos bandos enfrentados en la batalla de Farsalia⁴⁸.

Las fechas son menos inciertas mirándolas desde el lugar donde aparecieron los glandes, pues la atención se centra naturalmente en las diversas campañas que, con un intermedio de casi una década, se produjeron en torno a Numancia a mediados del siglo II a.C. Como ese conflicto parece haber repercutido de forma especial en la política interna de Roma, muchos se sirvieron de él con fines propagandísticos, por lo que debió escribirse mucho al respecto. Desgraciadamente, de todo ello sólo restan fragmentos y citas de segunda mano y un único relato completo, el de Apiano, quien ofrece una versión excesivamente compacta y resumida de los hechos, simplona en el entendimiento de las motivaciones de ambos contendientes y mucho más interesada en las consecuencias que la marcha de la guerra tenían en Roma que en exponer las aspiraciones de los celtíberos y en cómo tan largo conflicto debió repercutir sobre la vida y las actividades de un *oppidum* meseteño. Pero Apiano tiene la virtud de ofrecer un marco cronológico y explicativo razonable que permite establecer con alguna certeza los *membra disjecta* —anécdotas sueltas y pasajes de obras largamente perdidas—, que reflejan la abundante tradición historiográfica de un tema popular.

De este modo, el paréntesis en el que se enmarca la posible presencia de los etolios en Numancia se reduce a la veintena de años entre el 153 y el 133 a.C., es decir, desde la primera incursión de Fulvio Nobilior (cos. 153 a.C.) en el verano de ese año, hasta el momento indeterminado del 133 a.C. en que Escipión el Numantino asaltó la ciudad. En realidad, la ventana cronológica es aún mucho más reducida porque las operaciones militares se concentran en dos períodos: el bienio entre 153 y 151 a.C. y la fase más larga y definitiva, entre 143 y el mencionado 133 a.C. y lo más probable es que en realidad, sólo se pueda hablar de fechas entorno a ese último año.

Dicho esto, debe recordarse que ninguna fuente antigua menciona de forma expresa que honderos o cualquier otro tipo de soldados etolios estuviesen en Numancia. Sin embargo debieron ser muchas las ocasiones en las que, la lógica de las circunstancias justi-

44 Thompson *et al.* 1973, *Greek Coin*, n. 271.

45 Thompson 1968, *The Agrinion orad*.

46 El registro de los *strategoí* etolios (vid. los *Fasti Aetolici* (en la introducción a *IG IX*, vid. Klaffenbach *et al.* 1932, *Inscriptiones Graeciae*) en la introducción a *IG IX*) corre de forma ininterrumpida hasta el año 147/146 a.C. A partir de ese momento, sólo se conocen ocho individuos, de los que cuatro pertenecen a la década del 140 y sólo dos se datan con posterioridad al 129/128 a.C. El más moderno, Nikias (*IG IX.1*, 36), pertenecía a una familia originaria de de Kalydon cuyos miembros ocuparon puestos prominentes en la dirección de la Liga durante dos siglos, vid. Grainger 2000, *Aitolian studies*, precisamente, un descendiente del mencionado Nikias, dedi-

có en su lugar de origen una estatua a Sila (*IG IX.1*, 139), lo que sitúa su *floruit* en torno al 84 a.C.

47 Grainger 1999, *League of the Aitolians*.

48 *Ibid.* La presencia de soldados etolios entre las tropas de Calvino fue notada por Dio Cass. 4.51.3. mientras que App. *B. civ.* 2.70 y Plut. *Ant.* 69.5-8 atestan la participación etolia en el bando cesariano. No está claro si ese destacamento es el mismo que el propio César (*B.C.* 3.61.2) dice que desertó de las filas de Pompeyo en vísperas del combate o se trata de dos contingentes distintos; ambas opciones son posibles porque, como hemos visto, entraba en la mejor tradición del *ethnos* que sus gentes combatieran simultáneamente en los dos bandos.

fica plausiblemente la presencia de una tropa venida de tan lejos, porque la guarnición de Hispania Citerior en los momentos críticos del conflicto debió equivaler como mínimo a un ejército consular: cada vez que tiene que cuantificar las fuerzas a las órdenes de los diversos cónsules y promagistrados, Apiano recurrió machaconamente a la cifra de 30000 hombres, aunque omitió especificar cuál fue la composición de esas tropas y en qué porcentaje estaban representada las que procedían de Roma e Italia frente a las aportadas por otros aliados. Las hipótesis modernas al respecto no son más que meras conjeturas basadas en esquemas teóricos que nadie sabe con certeza si alguna vez se cumplieron. Pero lo que sí consta es que más de una vez fue necesario completar forzosamente el contingente ciudadano que necesitaban las tropas de la Celtiberia y que éstas se mantuvieron sin relevos durante períodos de tiempos que nuestras fuentes señalan como inusualmente largos, por lo que parece obvio deducir que el Senado y los magistrados encontraron ciertas dificultades en mantener en Hispania el número suficiente de soldados de confianza que aconsejaban el sentido común y su la doctrina militar. Que la guerra en *Numantia* no fue popular es un *topos* de la literatura de la época, fomentado por la dureza de la campaña (muchas bajas en combate y grandes penalidades causadas por el terreno, el clima y las enfermedades) que no ayudaba a soportar por el escaso botín conseguido; además, en esos años, Roma se vio envuelta en otros conflicto que, en la percepción contemporánea, seguramente se veían más acuciantes y peligrosos que la sumisión de una comarca remota, montañosa y pobre, cuyo sometimiento sólo servía para asegurar de control de otras regiones tan remotas y salvajes, pero más amenas en terreno y clima y, sobre todo, donde empezaban a prosperar los modos de vida civilizados.

Es muy probable que, en tales condiciones, el Senado hiciera de la necesidad virtud y requiriera de sus aliados el envío de contingentes más numerosos de lo habitual, pero la debilidad de nuestras fuentes impide comprobar la veracidad de la inferencia. Las únicas tropas foráneas cuya participación en las operaciones numantinas está bien atestiguada, fueron las enviadas desde Numidia, que se mencionan justamente en el inicio de la guerra y en sus postrimerías. Como el requerimiento de soldados a las diversas *civitates* cercanas a la zona de operaciones parece ser el denominador común de las negociaciones entre los promagistrados de la provincia y sus gentes, hay que supo-

ner también que por Numancia y sus alrededores debieron pasar contingentes expedidos desde todos los lugares de la provincia, aunque sólo aparezcan nombrados expresamente un par de ellos, justamente aquellos en que una negativa, la demora en el cumplimiento u otro incidente relacionado fueron considerados *casus belli* por el correspondiente gobernador provincial.

Ante tales penurias documentales, se impone el peso de lo atestiguado y la atención se dirige inmediatamente al asedio y asalto de la ciudad que P. Cornelius Scipio Aemilianus llevó a cabo entre 134 y 133 a.C., porque, a diferencia de lo que sucede con otros generales enviados antes que él contra Numancia, la tradición literaria preservada es mucho más detallada y, además, parece empeñada en vincular explícitamente a Escipión con el uso de la honda, quizá incluso con la que manejaban honderos procedentes del otro extremo del Mediterráneo. Apiano asegura, por ejemplo, que la brigada enviada desde Numidia y a las órdenes de Jugurta incluía honderos, de los que Escipión hizo buen uso —lo indica también en otro lugar Apiano—, repartiéndolos por todas las torres y posiciones del cerco, lo que posiblemente no es más que una paráfrasis de un pasaje de Frontino en el que acredita a Escipión con la novedad táctica de haber asignado arqueros y *funditores* también a las centurias, es decir, los *velites* se repartieron en pequeños destacamentos entre todas las unidades para aumentar su potencia de fuego⁴⁹. En cualquier caso, sean o no las citas de Frontino y Apiano pasajes paralelos, es evidente que ambas parecen indicar que en el sitio de Numancia hubo más honderos que los aportados por Numidia, lo que parece lógico porque las fuentes clásicas consideraban que las armas arrojadas —y en especial las balas de honda— eran especialmente adecuadas para que los dos bandos involucrados en un asedio resolvieran las situaciones tácticas que planteaba esa compleja y sangrienta operación militar. Por su alcance, precisión de disparo, gran movilidad y capacidad de daño, las glandes eran especialmente adecuadas para que los sitiados hostigasen las posiciones enemigas, impidiendo o dificultando los trabajos de asedio y tratando de descomponer desde lejos las cargas de los asaltantes; los sitiadores, por su lado, podían servirse de las hondas para hostigar a los asediados y debilitar su moral, porque las balas eran capaces de hacer daño por encima de los muros y además, tenían un considerable efecto sobre la moral, puesto que no solo llegaban silenciosas e invisibles sino tam-

49 Front., *Strat.* 4.27: *Scipio Aemilianus ad Numantiam omnibus non cohortibus tantum, sed centuriis sagittarios et funditores interposuit.*

bién con fuerza suficiente para herir o matar; y por supuesto, los honderos eran imprescindibles para negar a los defensores la ventaja de la muralla cuando los zapadores propios establecían las obras de asedio y la infantería se lanzaba al asalto. No es de extrañar, pues, que sea este el contexto en el que Schulten explicase la aparición de la primera bala etolia [cat. 1] y que González, aparentemente sin conocer lo dicho por el sabio alemán, justificase del mismo modo los cuatro chumbos de Sevilla⁵⁰.

Como se ha visto, la mitad de las balas que hemos catalogado [cat. nn. 1-5] proceden de excavaciones realizadas en el interior de la ciudad, lo que es lógico y esperado considerando el tipo de operación militar en que se emplearon los proyectiles y cuál fue el objetivo de la misma; pero esos hallazgos carecen de valor cronológico, puesto que no hay modo de determinar en cuál de las acciones peleadas junto a los muros de Numancia fueron disparadas ni si procedían de un aislado hostigamiento o del ataque a gran escala que acompañó cualquier intento de asalto de la fortificación. En cambio, de ser exacta la noticia (como no hay motivo para dudar, salvo por su procedencia) de que las balas ahora en Sevilla [cat. nn. 6-9] se encontraron en alguno de los campamentos de la circunvalación escipiónica, ello es ciertamente un dato en favor de la presencia de los *funditores Aetoli* en el asedio último de la ciudad celtíbera en 134/133 a.C.

Otro problema distinto es la inferencia cronológica que puede derivarse del chumbo encontrado en el Talayón de Renieblas [cat. n. 10]; para empezar, se desconoce el lugar exacto en que apareció, lo que tiene su importancia porque en la parte alta del cerro y en las laderas que miran hacia el noroeste, Schulten encontró y excavó restos de castrametación que atribuyó a cinco *castra* de diversos períodos y que (yendo de los restos más antiguos a los más modernos), atribuyó a la agencia de Catón (195 a.C.), Nobilior (153 a.C.) y Sertorio (75/74 a.C.). Nuestra bala, pues, puede haber aparecido en las zonas correspondientes a cua-

lesquiera de ellos y además, el sabio alemán descartaba que el lugar hubiera sido empleado durante las operaciones comandadas por Escipión.

Sin embargo, dos pasajes de Apiano ofrecen cierta evidencia circunstancial de que el despliegue de Emiliano frente a *Numantia* pudo servirse de las ventajas tácticas que ofrece el Talayón, que son patentemente apreciables en una vieja fotografía panorámica de los alrededores de Numancia tomada desde esa altura⁵¹. En el primero de esos textos, se narra cómo Escipión, tras entrenar el ejército, se trasladó “a las cercanías (ἀγγισθῆναι) de los numantinos”⁵², mientras que el segundo se refiere al establecimiento de otros dos campamentos “muy próximos (ἀγγιστάτω) a Numancia”, sugiriendo que Escipión había retornado a pasar el invierno al lugar “en las cercanías” de la ciudad (es decir, quizá el mismo sitio ocupado a su llegada) después de regresar de un largo reconocimiento por tierras al occidente de Celtiberia, forrajeando y disuadiendo a sus habitantes de la tentación de ayudar a los numantinos⁵³. Schulten interpretó que el primer pasaje se refería a la aproximación inicial del ejército desde la costa levantina hasta las llanuras del Ebro Central, es decir, a las comarcas de *Turiaso* y *Augustobriga*⁵⁴, mientras que en la segunda ocasión pensó que Escipión regresó a los campamentos de Castillejo y Peña Redonda, a pesar de que la forma de expresarse del autor griego implica que éstos se establecieron desde otro lugar “no tan cercano” y que no cuesta identificar con el mencionado en el primer texto.

Este y otros detalles impulsaron a Fabricius (uno de los colaboradores de Schulten y la autoridad contemporánea en castrametación romana) a cuestionar las fechas atribuidas a los Campamentos IV y V de Renieblas, que éste colocaba, como se ha dicho, en época sertoriana, pero que aquél prefería interpretarlos como dos sucesivos establecimientos de Escipión, el más antiguo un *castra aestiva* levantado durante el primer acercamiento a Numancia (presumiblemente, el que Apiano situaba “en las cercanías” de la ciudad),

50 González 1996, “P. Cornelius Scipio Aemilianus et Aetoli”, p. 143.

51 Schulten 1931, *Numantia. Die Stadt Numantia*, II, taf. 3.3 *apud* Dobson 2008, *Polybius and the Camps at Numantia*, 20 fig. 14. Las características topográficas del mogote, el emplazamiento dominante sobre los alrededores y su situación respecto a Numancia favorecen que haya consenso general en considerar que debe tratarse del lugar que Apiano (*Iber.* 46) sitúa a 24 estadios de la ciudad en el que Nobilior estableció su base de operaciones; no sólo la distancia indicada es *grosso modo*, la que separa la Muela de Garra de Renieblas, sino que el sitio reúne unas excelentes condiciones defensivas, que le permitieron a Nobilior resistir lo que la descripción de Apiano deja traslucir que debió de ser un largo bloqueo o embolsamiento en tierra enemiga durante el invierno del 153/152 (*Iber.* 47; para otros indicios arqueológicos favora-

bles a esta identificación, vid. Dobson 2008, *Polybius and the Camps at Numantia*, pp. 34 y 396). Es más, la idoneidad defensiva del Talayón inclina a pensar que ese pudo haber sido “el lugar desierto que en una ocasión había servido a Nobilior como fortificación (χαράκωμα)” (*Iber.* 80) al que huyó Mancino y donde, rodeado por el enemigo, sin defensas adecuadas ni alimentos (pero no derrotado), se vio obligado a pedir cuartel en 137 a.C.

52 App. *Iber.* 87: “Cuando [Escipión] calculó que el ejército estaba presto, obediente a él y capaz de soportar el trabajo, trasladó su campamento a las cercanías de los numantinos” (trad. de A. Sancho Royo, Madrid, 1989).

53 App. *Iber.* 90; el relato de la expedición en comarcas al occidente de Numancia, en *ibid.* 87-89, que le llevó hasta *Palantia* y la tierras de *Cauca*.

54 Schulten 1931, *Numantia. Die Stadt Numantia*, II, p. 70.

mientras que el segundo debía corresponder al *hiberna* al que regresó Emiliano después de la expedición vaccea, es decir, en el invierno de 134-133 y desde el cual pudo partir la acción narrada por Apiano de establecer los dos primeros fuertes “más cercanos” a la ciudad; la razón principal de la hipótesis de Fabricius es que difícilmente podía haber habido una circunstancia histórica distinta al propio asedio de Numancia que justificase un campamento tan grande y tan bien equipado como el V de Renieblas⁵⁵. Muchos años después, la revisión del material numismático hallado en las excavaciones del Talayón llevó a Hildebrandt a la misma conclusión, que ha sido frecuentemente empleada como fósil director para datar diverso material arqueológico presente en Renieblas pero que ahora es disputada por varios motivos⁵⁶. Esa postura que concuerda con los resultados del examen de los restos de los *castra* que han realizado Pamment Salvatore y Dobson en años recientes, la revisión de Luik de los materiales arqueológicos de las excavaciones de Renieblas que Schulten depositó en el Römisch-Germanische Zentralmuseum y el mismo hallazgo del glante sertoriano antes referido, que parece situar el Campamento V en un período que va desde los años finales del s. II a.C. a las primeras décadas del s. I a.C. e incluso Luik lo atribuye claramente a las operaciones militares de época sertoriana⁵⁷.

Lo anterior, sin embargo, no descarta que alguna de las estructuras existentes en las alturas del Talayón no pudieran haber sido levantadas en el bienio 134-133 a.C. Curiosamente, de todos los materiales excavados en Numancia y sus alrededores, los numismáticos han sido de los menos estudiados, a pesar de tratarse de uno de los fósiles directores más empleados en Arqueología y que las circunstancias históricas en las que presumiblemente se ocultaron o perdieron esas monedas están datadas con una desacostumbrada precisión. Así, por ejemplo, Schulten reportó el

hallazgo en el recinto de lo que él llamó Campamento III, de un denario con el nombre *Sex. Pom(pei)us*, que es datado por consenso *circa* 140⁵⁸; aunque no está claro quién fue ese personaje y, por lo tanto, las circunstancias históricas de la emisión de la moneda⁵⁹, la fecha aceptada difícilmente es congruente con la que el propio Schulten atribuye a la ocupación del *castra* donde se encontró, que es el año 153-154; en cambio, el denario sí que pudo llegar a allí en el bolsillo de las tropas de Escipión y de hecho, se ha descrito una pieza similar hallada en uno de los fuertes levantados por ellos, Castillejo⁶⁰.

Una datación fiable difícilmente puede apoyarse en una moneda aislada, pero recientemente han vuelto a examinarse en conjunto los hallazgos numismáticos de los campamentos III y V de Renieblas y los de la Circunvalación escipiónica, a la luz de la premisa fundamental del antes citado estudio de Hildebrandt, a saber, el bien atestiguado fenómeno de la pérdida de peso que sufrió la moneda de bronce en Roma a lo largo de los s. II y I a.C. debe manifestarse también en Numancia, de tal modo que una ordenación por pesos de las monedas allí encontradas seguramente tiene un valor cronológico, porque las series de mayor peso medio deberán ser las más antiguas⁶¹. La tabulación de esos datos (lugar de hallazgo y pesos) ofrecida por Dobson y Morales en la Fig. 3 de su trabajo se conforma con esa idea: la mayor parte de las monedas halladas en el Campamento V tienen pesos inferiores a los de la época escipiónica y esa diferencia es patente en los pesos medios: 25,17 gr para el castro de Renieblas frente a los 33,64 gr del cerco de Numancia, por lo que es difícil entender cómo Hildebrandt pudo mantener que fueron contemporáneos. Del mismo modo, en el Campamento III hay varias monedas considerablemente más pesadas que la de mayor peso aparecidas en los *castra* de la Circunvalación, pero resulta cuanto menos curiosa la amplitud del conjunto, que va desde

55 Fabricius 1911, “Numantia”, pp. 378-382.

56 Hildebrandt 1979, “Die Römerlager von Numantia” y vid. la crítica de Dobson Morales 2008, “Monedas campamentos romanos”, pp. 219-220, que ofrecen, además, una breve síntesis de cómo otros investigadores se han servido de las conclusiones de Hildebrandt en otros campos arqueológicos.

57 Vid. Pamment Salvatore 1996, *Roman Republican Castrametation*, pp. 26-27; Luik 1997, “Fibeln vom Typ Alesia”; Id. 2002, *Römischen Lagern um Numantia*; Id. 2002, “Die römischen Lager bei Renieblas”; Dobson 2008, *Polybius and the Camps at Numantia*.

58 Schulten 1929, *Numantia. Die lager bei Renieblas*, IV, p. 263; la pieza, que pertenece a una serie de denarios relativamente abundante, es Crawford 1975, *Roman Republican Coinage*, pp. 267-268 n. 235.

59 Populamente se conocen esas emisiones como de *Sex Po Fostlus*, a pesar de que la tercera parte del nombre corresponde al letrero que aparece junto a la figura estante a la izquierda del reverso y que la identifica como el pastor

Faustulus. Crawford 1975, *Roman Republican Coinage*, pp. 267-268, n. 235, además de datar la moneda en 137 a.C., recuperó la forma correcta del nombre y supuso que se trataba de un *Sex. Pompeius* (posiblemente porque ese *praenomen* estuvo más difundido entre los miembros de esa *gens* que entre los *Pomponii*, que es la obvia alternativa para el gentilicio), quien pudo haber sido *pr.* en 120-119 a.C. (para la adquisición de tal fecha, vid. Broughton 1951-, *Magistrates Roman Republic*, vol. I, pp. 526-527 nota 3; *ibid.* 1986, p. 160); además, propuso identificarlo con el abuelo de Cn. Pompeyo el Grande. Sin embargo, hay quien duda de que todas esas inferencias puedan ser soportadas por el documento, vid. Metcalf 1999, “Coins as Primary Evidence”, pp. 4-9.

60 Vid. Dobson y Morales 2008, “Monedas campamentos romanos”, p. 215 n. 1.

61 Pamment Salvatore 1996, *Roman Republican Castrametation*, p. 26.

los 55,29 gr del ejemplar más pesado a los 22,55 gr del más ligero, de modo que engloba el rango de pesos de las monedas del período escipiónico y apenas un par de gramos diferencia el peso medio de estas monedas de las del conjunto asignable a Nobilior (35.22 gr), que son veinte años anteriores. Aún teniendo en cuenta que los campamentos del Talayón se superponen unos a otros, que ha podido haber arrastres de materiales de una zona a otra y que el modo en que Schulten registro los hallazgos demuestra su escaso aprecio por las consideraciones estratigráficas y por la precisa topografía⁶², Dobson y Morales parecen sugerir que el llamado Campamento III de Renieblas pudo haber contenido estructuras de fecha posterior a la tradicionalmente asignada; y en este punto, conviene recordar que Dobson llamó la atención sobre una parte del mismo que Schulten consideró como un anejo por sus evidentes discrepancias con la estructura interna de resto, pero que, desde su punto de vista, guarda un sorprendente parecido con los cuarteles de Peña Redonda, por lo que sugirió llamarlo Campamento VI y atribuírselo a Escipión⁶³. Ahora, las observaciones sobre el peso de las monedas y, por supuesto, el hallazgo del glande etolio, hacen más verosímil la presencia escipiónica en Renieblas y obligan a estar atentos a futuros hallazgos.

Hay una tercera y última circunstancia que hace muy plausible que la tropa de honderos etolios estuviera en Numancia en el 133-134 a.C. y que no es otra que el modo en que Cornelio Escipión (cos. 147 y 134) consiguió el mando de esa operación y fue despachado a ejecutarla. Efectivamente, la desastrosa conducción de la guerra celtibérica (especialmente tras el *affaire* de Q. Pompeyo (cos. 141) y el desastre de Hostilio Mancino (cos. 137), llevaron a Escipión a su segundo consulado y a recibir por decisión especial del Pueblo, el mando de Hispania Citerior, con el encargo de terminar de una vez por todas con la cuestión numantina; todo ello en circunstancias extraordinarias, puesto que hubo de suspenderse de forma temporal

una reciente ley que impedía repetir como cónsules a quienes ya hubieran desempeñado el cargo y Escipión (del que algunas fuentes aseguran que ni siquiera estaba entre los candidatos) fue elegido *in absentia*; finalmente y por causa de las estrecheces militares y económicas que en esos momentos padecía la *Res publica*, no se le concedió al cónsul la posibilidad de una nueva recluta⁶⁴.

Escipión recurrió entonces al peculio propio y al de sus amigos para financiar la campaña, mientras que, con el permiso del Senado, se hizo acompañar de voluntarios reclutados entre amigos y clientes (entre los que no faltaron personajes de renombre entonces y otros que lo alcanzaron en tiempos posteriores), así como de diversas fuerzas aportadas libremente por reyes y ciudades⁶⁵. De la identidad y procedencia de esas unidades nada dice Apiano, que es nuestra principal fuente sobre el asunto, salvo que de los 4000 individuos que incluía, medio millar eran parientes, amigos y clientes de Escipión y que a ese núcleo íntimo se le llamó la *φίλων ἰλη* o *cohors amicorum*; una parte o toda esa brigada de voluntarios parece haberse concentrado en Italia, desde donde fue conducida al teatro de operaciones por el cuestor Q. Fabio. Además, bien avanzada la campaña, se recibió la tropa númida que, a las órdenes de Jugurta y llegada directamente desde África, aportó 12 elefantes más un número no especificado de honderos y arqueros⁶⁶. Finalmente, dos monarcas helenísticos, Atalo III de Pérgamo y Antíoco VII de Siria, también aportaron auxilios de naturaleza imprecisa, pero que muy probablemente se trató de dinero u otro tipo de ayuda en especie⁶⁷.

Tanto las tropas númidas como la ayuda recibida de Pérgamo y Siria tienden a ser considerada como inclusas en la categoría de lo que, según Apiano, diversas “ciudades y reyes” enviaron graciosa y voluntariamente a Emiliano en prenda de *amicitia*. En el caso de Númida, las estrechas y amistosas relaciones existentes entre los Cornelios Escipiones y los monarcas libios fueron proverbiales en la Antigüedad por su

62 Luik 2002, *Römischen Lagern um Numantia*, p. 175.

63 Dobson 2008, *Polybius and the Camps at Numantia*, pp. 188-193; desgraciadamente, esta propuesta carece del apoyo de materiales arqueológicos de clara datación.

64 App. *Iber.* 84, junto con las noticias de Cic. *Rep.* 6.11 (elección *in absentia*); *Lael.* 11 (Escipión ni siquiera era candidato; cf. Val. Max. 8.15.4 donde se le presenta como promotor de la candidatura a la cuestura de su sobrino Q. Fabio, quien seguramente fue uno de sus lugartenientes en Numancia (a pesar de que Apiano lo llame Fabio Buteo). Según Apiano, no se concedieron a Escipión nuevas tropas «pues eran muchas las guerras que [los romanos] tenían entre manos y había gran cantidad de hombres en Iberia» (trad. de A. Sánchez Royo, Madrid, Gredos, 1980, p. 174).

65 App. *Iber.* 84: «...Ἐθελοντάς δέ τινας, ἔκ τε πόλεων καὶ βασιλέων ἐς χάριν ἰδίαν πεμφθέντας αὐτῷ»; vid. al respecto Pina Polo 2001, “Die Freunde des Scipio”.

66 App. *Iber.* 89: «Y prosiguió [Escipión] hasta el territorio de Numancia para pasar el invierno. Allí se le unió también, procedente de África, Yugurta, el nieto de Masinissa, con 12 elefantes y los arqueros y honderos que habitualmente le acompañaban a la guerra» (trad. de A. Sánchez Royo, *op. cit.*, p. 178).

67 App. *Iber.* 84 y 89; Cic. *pro Deit.* 19: (llegada de los númidas) *qualis rex Attalus in P. Africanum fuit, cui magnificentissima dona, ut scriptum legimus, usque ad Numantiam misit ex Asia, quae Africanus inspectante exercitu accepit*. Liv. *Per.* 57: *Scipio amplissima munera missa sibi ab Antiocho, rege Syriae, cum celare aliis imperatoribus regum munera mos esset, pro tribunali accepturum se esse dixit omniaque ea quaestorem referre in publicas tabulas iussit*.

constancia y duración, de tal modo que la amistad que Masinissa profesó a Escipión Africano parece haberse continuado entre sus respectivos descendientes, como demuestra el que el hijo del primero, Micipsa, aceptase la recomendación de Escipión Emiliano de igualar los derechos sucesorios de Jugurtha con los de sus propios hijos⁶⁸. El origen de la relación del vencedor de Numancia con Pérgamo y Siria es menos claro, pero lo habitual es considerarla fruto de las relaciones surgidas en el curso de una muy celebrada embajada que él y otros dos consulares giraron por Egipto, Siria, Asia Menor y Grecia en torno al 140 y a la que nuestras autoridades asignan la misión de asentar la hegemonía romana en Oriente y arbitrar en los conflictos regionales existentes. En el caso de Siria, Escipión se habría hecho merecedor de la gratitud de Antíoco de Side apoyándole en la resolución de los gravísimos sucesos que dividían al reino seleúcida: la guerra con el usurpador Trifón y la aguda crisis dinástica producida por la captura de Dionisio II por los partos; como es sabido, el Sidetes ascendió al trono hasta entonces ocupado por su hermano Dionisio como Antíoco VII en 139/138, mientras que Trifón, derrotado en el norte de Siria y en Fenicia y abandonado por los judíos, acabó quitándose la vida en su ciudad natal, Apamea⁶⁹. En lo que respecta a Atalo III, hay evidencia de que Escipión y sus compañeros embajadores visitaron Pérgamo, coincidiendo con Atalo II en sus últimos años de vida (falleció en 138) y con su sobrino, el futuro Atalo III, que desempeñaba algunas de las funciones reales por delegación de su tío; según se dice, la amistad entre el joven príncipe atálide, famoso por sus intereses eruditos y Escipión, a quien sus coterráneos acusaban de excesiva inclinación por las cosas griegas, debió de ser instantáneamente y ello justifica el socorro enviado a Numancia; como es sabido, Atalo falleció en el mismo año en que cayó la ciudad celtibérica, cuando aún no había cumplido 40 años, algo llamativo considerando la longevidad de su abuelo y su tío, pero ciertamente menos sorprendente que su decisión de dejar en herencia su reino al Pueblo de Roma⁷⁰.

Por analogía con esta bien aceptada interpretación, González ha argüido con cierto detalle que los glandes encontrados en Numancia también colocan a los etolios en la lista de “ciudades y reyes” que contribuyeron, graciosa y voluntariamente, al éxito de Escipión en Celtiberia. Desgraciadamente, como el propio

González reconoce, Emiliano “no desempeñó en el mundo griego el importante papel político al que por sus relaciones personales y filohelenismo cultural parecía predestinado”⁷¹ y su única relación conocida con las ciudades y reyes del Mediterráneo oriental es la ya mencionada legación de *circa* 140 a.C. para la que no hay noticia de que tratara nada relacionado con Etolia o los etolios. En búsqueda de posibles vínculos entre ese pueblo y Escipión Numantino, González sugiere que el posible compromiso de *patronatus* pudo adquirirse bien a través de su padre natural, M. Emilio Paulo, el vencedor de Pidna y que indudablemente tuvo que ver, si bien de forma lejana e indirecta, con la masacre de más de medio millar de principales etolios (y el exilio y persecución de otros muchos) que eran conocidos por su antipatía a los romanos y, por supuesto, al bando de Licisco⁷²; o haberlo recibido de su padre adoptivo, Escipión Africano, que intervino en las negociaciones de paz después de la guerra de Antíoco (es decir, casi 60 años antes de Numancia), en las que invitó a los etolios a que imitaran lo hecho por las gentes de Hispania y África y unieran la *deditio* a Roma con su patrocinio: *in fidem suam venire*, resumió Livio la oferta, que es la fórmula consagrada de las relaciones clientelares⁷³.

Sin embargo, lo anterior es sólo una hipótesis y no todos están convencidos de que una relación privilegiada entre los Cornelios Escipiones y los etolios es la justificación detrás de la presencia de éstos en la última campaña numantina. Puestos a argüir que fueron razones clientelares las causantes de la expedición de los honderos griegos a los confines occidentales del Mediterráneo, algunos de los magistrados al mando de la guerra celtibérica parecen mucho mejores candidatos al patronato de Etolia que Escipión, porque no debe olvidarse que por mucho que su padre adoptivo hubiera podido prometer en las negociaciones del 190 a.C, ni siquiera sirvieron para que su hermano y superior, el cónsul L. Cornelio Escipión Asiático, se apartara un ápice de las instrucciones del Senado, que insistían en aplicar las condiciones de paz reiteradamente ofrecidas antes y que los etolios consideraban inaceptables⁷⁴. En cambio, caben pocas dudas de que éstos debieron guardar cierta consideración o incluso, gratitud hacia el sucesor de L. Escipión, quien fue capaz de negociar un tratado que los etolios consideraron menos oneroso y que, además, el Senado encontró

68 Sall. *Iug.* 7.4-9., 3; Vell. 2.9.4.

69 Vid. Habicht 1989, “The Seleucids”, pp. 368-369.

70 Vid. Hansen 1971, *The Attalids*, pp. 140-143; Allen 1983, *The Attalid kingdom*, pp. 76-77.

71 González 1996, “P. Cornelius Scipio Aemilianus et Aetoli”, pp. 148-149.

72 Sobre esos sucesos, vid. Grainger 1999, *League of the Aitolians*, pp. 535-537, con las correspondientes referencias a las fuentes antiguas.

73 Vid. Pol. 21.4 y Grainger 1999, *League of the Aitolians*, pp. 478-479.

74 Grainger 1999, *League of the Aitolians*, p. 541, por ejemplo, los considera “hardly direct or convincing”. Liv. 37.6.

aceptable; ese magistrado era M. Fulvio Nobilior, *cos.* en 189 a.C. y padre del cónsul homónimo del 153 a.C., o lo que es lo mismo, quien condujo el primero y malhadado ataque contra Numancia⁷⁵. Igualmente, el encargado de reanudar las hostilidades contra Celtiberia tras casi veinte años de tregua, fue Q. Cecilio Metello Macedónico (*cos.* en 143), que había ganado una gran reputación militar (como atestigua su apodo) aplastando la sublevación de Andrisco en Macedonia y levantado el asedio al que la Liga Aquea había sometido a algunas plazas fronterizas etolias⁷⁶, lo que sin duda provocó la gratitud de esa gente.

Por otra parte, la crítica moderna duda que el famoso *grand tour* de Emiliano y sus dos colegas por Egipto, Siria, Asia Menor y Grecia fuese tan influyente y contribuyera tanto a asegurar la hegemonía romana como lo presentan algunas autoridades antiguas⁷⁷; y sobre todo, se pone en duda que la misión diplomática ocurriera en 140-138 a.C., como se viene aceptando desde hace medio siglo⁷⁸ a pesar de la taxativa afirmación de Cicerón de que el viaje precedió a la censura de Escipión Emiliano, es decir, tuvo que ser anterior al 144/143 a.C.⁷⁹ Como consecuencia del debate, los especialistas se muestran ahora más cautos al datar la legación en la que participó Emiliano⁸⁰ y esa vacilación puede también llevarse por delante la idea de que la ayuda enviada en 134-133 a.C. por Antíoco VII, Atalo III y, por analogía, los etolios, fuera el resultado de una previa relación de *patronatus* entre el prohombre romano, los monarcas y el *ethnos* heleno⁸¹, porque la fecha es crítica, pues afecta a la identidad de los monarcas de Siria y Pérgamo en esos momentos, a la situación interna de ambos reinos y a las relaciones personales y de *amicitia* que Escipión pudo haber establecido con otros griegos; es decir, no despeja la incógnita de cuáles fueron las relaciones los tratados entre Emiliano y los etolios y si éstos fueron el motivo principal por las que sus honderos participaron en la campaña celtibérica de aquí.

Lo cierto es que no es preciso recurrir al patronato de Escipión o de cualquier otro prohombre romano

para explicar su presencia en Numancia, porque hay motivos más prosaicos que la justifican, como son los derivados de la aplicación cotidiana de la cláusula “tener por enemigo a los enemigos de Roma” que parece haber figurado en la mayor parte de los tratados internacionales firmados por ésta. De acuerdo a esa condición, el Senado podía reclamar a sus aliados la necesaria ayuda militar cuando le pareciera oportuno y conveniente, lo que debió de ser muy habitual a pesar de que nuestras autoridades raramente han dejado constancia de la identidad de esas tropas auxiliares, porque, como muy bien observó Apiano, “no dan con exactitud el número de las tropas aliadas ni las describen, por considerarlas extranjeras y de escasa importancia en cuanto a su contribución al resultado de la contienda”⁸².

Por eso, la sorpresa causada por el hallazgo de glandes griegos en la profunda Celtiberia o de cualquier otro documento que atesta la identidad de tropas foráneas al servicio de Roma. Un caso en todo comparable al que nos ocupa es el que ofrecen un destacamento aqueo que combatió contra “los gálatas” a las órdenes de un cónsul llamado Cn. Domicio y que nos resulta conocido porque, de vuelta en casa, levantaron en Olimpia una estatua al comandante de su unidad, del que, salvo su nombre y que era de Patras, nada más se conoce⁸³. Como en el caso de los etolios, no está claro dónde ni cuándo pelearon esos soldados aqueos, pues fechas y lugares dependen de a cuál de los varios de cónsules romanos de la poderosa familia de los Domitios Ahenobarbos que pelearon alguna vez contra los galos se refiera el pedestal de los aqueos; 192 y 122 a.C. han sido las fechas alternativas más frecuentemente citadas⁸⁴, pero recientemente se ha hecho notar que la datación puede ser aún más incierta porque no deben descartarse otros dos cónsules, uno de los sufectos del 162 a.C. y otro ordinario del 96 a.C., ya que hay indicios de que ambos pudieron haber ejercido mando en Galia⁸⁵.

Existe, pues, una posibilidad de que el pedestal de Olimpia fuera estrictamente contemporáneo de otra

75 App., *Iber.* 45-47; Polyb. 35.4.2

76 Paus. 7.13-14.

77 Gruen 1984, *Hellenistic World*, pp. 669-70 y pp. 714-15; Ferrary 1988, *Philhellénisme et impérialisme*, pp. 610-611.

78 Esa datación fue propuesta por Astin 1967, “The Seleucids”, pp. 127-sq. y los argumentos en su favor los resumió magistralmente Broughton 1951-, *Magistrates Roman Republic*, p. 481.

79 Vid. Cic. *Acad.* 2.5; vid. Mattingly 1986, “Scipio Aemilianus” arguyendo por qué debe otorgarse mayor peso a ese testimonio frente a cualquier otro; y Mattingly 1996, “Scipio Aemilianus” para otra evidencia distinta a la de Cicerón que parece corroborar lo dicho por éste.

80 Vid. Gruen 1984, *Hellenistic World*, p. 280: ca. 140, mientras Kallet-Marx 1994, *Hegemony to Empire*, p. 97 cree probable que deba ser datada en los años inmediatos al 140.

81 Grainger 1999, *League of the Aitolians*, p. 541, por ejemplo, considera *hardly direct or convincing* la argumentación de González.

82 App. *B Civ.* 2.70, según la traducción de A. Sancho Royo, Madrid, 1985.

83 Moretti 1967, *Iscrizioni storiche ellenistiche*, pp. 153-154 n. 60; Kunze 1956, *Olympia* pp. 160-164; vid. también SEG XV, 254.

84 La fecha más antigua (y la que ha encontrado menos favor) es la preferida por Moretti 1967, *Iscrizioni storiche ellenistiche* que la más moderna fue propuesta por Kunze, *Olympia*.

85 Vid. el apéndice F en el libro de Kallet-Marx 1994, *Hegemony to Empire*, pp. 352-353.

unidad auxiliar que se ha hecho famosa simplemente porque la copia en bronce de una parte de su hoja de servicio ha sobrevivido casi milagrosamente a la debacle del mundo clásico⁸⁶; se trata de la *turma Salluitana*, la unidad de caballería reclutada en diversas *civitates* del Valle del Ebro vecinas de *Salluie* y de ahí su nombre; esos jinetes se vieron envueltas en una situación bélica parecida a la de los etolios en Numancia, porque participando en la llamada Guerra Social que enfrentó a Roma contra una parte de sus tradicionales aliados itálicos, combatieron en el asedio de Ascoli a las órdenes Sex. Pompeyo Estrabón (89 a.C.). Precisamente, su comportamiento valeroso (*virtutis causa* son las palabras textuales del documento original) en algún lance de esa operación ganó al escuadrón ibérico la admisión colectiva de sus miembros en el número de los ciudadanos de pleno de derecho, un premio de escasa utilidad legal entonces, pero que abría a los beneficiados y sus descendientes muchas posibilidades de ascenso social e influencia política⁸⁷.

No hay razón alguna que justifique la presencia en Italia de los jinetes ibéricos como consecuencia de una relación clientelar de sus ciudades con los Pompeyos; ni tampoco consta que la familia Domicia Ahenobarba mantuvieran especiales vínculos con Achaia, aunque indudablemente nuestro juicio sería más preciso si se conocieran las circunstancias que llevaron al destacamento aqueo a las Galias. En el caso de la *turma Salluitana* la motivación parece clara, porque Roma necesitaba contar con un repuesto para las tropas de

caballería que tradicionalmente proporcionaban los enemigos con los que entonces estaba en guerra⁸⁸. Cabe, entonces, volver de nuevo a lo dicho por Apiano respecto a la incapacidad del Senado para proporcionar tropas a Escipión arguyendo “las muchas guerras exteriores y a que había guarnición suficiente en Hispania”⁸⁹, y suponer que si se éste necesitaba refuerzos, debió buscarlos en otros lugares.

La experiencia colectiva enseña a ser escéptico respecto a los descubrimientos sensacionales, porque éstos raramente suelen cumplir con las expectativas iniciales. En este caso, y dado el estado de nuestra ignorancia, la aparición de una decena de glandes griegos en Numancia parecía, a primera vista, tan lleno de sugerencias y promesas de nuevos conocimientos como el hallazgo de un *cartouche* egipcio en Brasil. Además, tratándose de quien esto escribe, nuestra esperanza era que el descubrimiento aportase alguna estupenda novedad sobre la historia de Numancia, lo que nos tememos que difícilmente sea el caso; por el contrario, las modestas balas son quizá más útiles para quienes persiguen reconstruir la historia y los avatares de la Liga Etolia, no sólo porque probablemente son los más modernos testimonios conocidos de su existencia en las décadas finales del s. II a.C., sino porque ¿qué mejor metáfora del nuevo orden internacional impuesto por Roma que un campamento del cerco numantino en el que Polibio compartió rancho, frío y penalidades con sus bien conocidas *bêtes noires*?

86 Vid. *CIL* VI, 37045 + pp. 4812-4813 = *CIL* I²-2, 709 + pp. 714, 726, 936-938; cf. Gregori y Mattei 1999, *Supplementa Italica-Imagines*, n. 2228 para una excelente imagen de la pieza. Criniti 1970, *L'epigrafe di Asculum* ofrece tanto una precisa edición del documento como excelente comentario histó-

rico de los datos, que debe de ser corregido parcialmente con el añadido de recientes epígrafes del Valle del Ebro.

87 Vid. Criniti 1970, *L'epigrafe di Asculum* que continúa siendo una excelente monografía sobre este singular documento.

88 Roldán 1986, “Bronce de Ascoli”, p. 122.

89 App. *Iber.* 84.

VI. Bibliografía

- AA.VV. (1972): *Sylloge nummorum graecorum: The Lewis Collection in Corpus Christi College, Cambridge — pt. 1. The Greek and Hellenistic coins (with Britain and Parthia) - pt. 2. The Greek Imperial coins*, Londres.
- AA.VV. (1912): *Excavaciones de Numancia. Memoria presentada al ministro de Instrucción pública por la Comisión Ejecutiva*, Madrid.
- ABASCAL PALAZÓN, J. M. (1990): "Inscripciones inéditas y revisadas de la Hispania Citerior", *AEspA*, 63, pp. 264-275.
- ALLEN, R. E. (1983): *The Attalid kingdom: a constitutional history*, Oxford.
- ANTONETTI, C. (1990): *Les Étolians: image et religion*, Besançon - Paris.
- ARANEGUI GASCÓ, C. (2003): "Proyectiles de honda con epígrafes griegos atribuidos a Sagunto", *Romula*, 2, pp. 43-52.
- ASTIN, A. E. (1967): *Scipio Aemilianus*, Oxford.
- BAKHUIZEN, S. C. (1996): "Men of the Mountain. Observations on Aitolian Raiding", E. Olshausen y H. Sonnabend (eds.), *Gebirgsland als Lebensraum (Stuttgarter Kolloquium zur historischen Geographie des Altertums, 5, 1993)*, Amsterdam, pp. 223-234.
- BERNARD, N. (2005): "Les activités des Etoliens et le contrôle de la mer, III-IIème siècles avant notre ère", E. Deniaux (ed.), *Le canal d'Otrante et la Méditerranée antique et médiévale: colloque organisé à l'Université de Paris X, Nanterre 20-21 novembre 2000*, Bari, pp. 31-38.
- BOMMELJÉ, S. y DOORN, P. K. (1987): *Aetolia and the Aetolians: towards the interdisciplinary study of a Greek region*, Utrecht.
- BOSCH GIMPERA, P. (1913-1914): "La catapulta d'Empúries", *Annuari del Institut d'Estudis Catalans*, 5, pp. 841-846.
- BOSMAN, A. V. A. J. (1995): "Pouring lead in the pouring rain: Making lead slingshot under battle", *Journal of Roman Military Equipment Studies*, 6, 99-103.
- BROUGHTON, T. R. S. (1951-1952): *The Magistrates of the Roman Republic*, Nueva York (reedición corregida 1986).
- CASARIEGO, A., CORÉS, G. y PLIEGO, F. (1987): *Catálogo de los plomos monetiformes de la Hispania Antigua*, Madrid.
- CRAWFORD, M. (1975): *Roman Republican Coinage*, Cambridge.
- CRINITI, N. (1970., door): *L'epigrafe di Asculum di Gn. Pompeo Strabone*, Milán.
- DÍAZ ARINO, B. (2005): "Glandes inscriptae de la Península Ibérica", *ZPE*, 153, pp. 219-236.
- DÍAZ ARINO, B. (2008): *Epigrafía latina republicana de Hispania*, Barcelona.
- DOBSON, M. J. (2008): *The army of the Roman Republic. The Second Century B.C. Polybius and the Camps at Numantia, Spain*, Oxford.
- DOBSON, M. J. y MORALES FERNÁNDEZ, F. (2008): "Monedas inéditas de los campamentos romanos republicanos de Numancia y Renieblas: consideraciones cronológicas", *AEspA*, 81, pp. 214-229.
- DOORN, P. K. y BOMMELJÉ, S. (1990): "Transhumance in Aetolia, Central Greece: A Mountain Economy caught between Storage and Mobility", *Rivista di Studi Liguri*, 56, pp. 81-97.
- EVANS, A. (1928): *The Palace of Minos: a comparative account of the successive stages of the early Cretan civilization as illustrated by the discoveries at Knossos*, Londres.
- FABRICIUS, E. (1911): "Über die Ausgrabungen in Numantia", *Archäologische Anzeiger*, pp. 370-382.
- FERNÁNDEZ IBÁÑEZ, C. (ed.) (2007): *Metalistería de la Hispania romana*, Sautuola XIII, Santander.
- FERRARY, J.-L. (1988): *Philhellénisme et impérialisme: aspects idéologiques de la conquête romaine du monde hellénistique, de la seconde guerre de Macédoine à la guerre contre Mithridate*, Rome.
- FERRILL, A. (1985): *The origins of war: from the Stone Age to Alexander the Great: with 68 illustrations, maps and battle plans*, Londres.
- FONTENLA BALLESTA, S. (2005): "Glandes de honda procedentes de la batalla de Asso", *Alberca: Revista de la Asociación de Amigos del Museo Arqueológico de Lorca*, 3, pp. 67-84.
- FOSS, C. (1974-1975): "Greek Sling Bullets in Oxford", *Archaeological Reports*, 21, pp. 40-44.
- FOUGÈRES, G. (1896): "Glans", *Dictionnaires des Antiquités Grecques et romaines*, II.2, 1608-1611.
- FREITAG, K., FUNKE, P. y MOUSTAKIS, N. (2004): "Aitolia", M. H. Hansen y T. H. Nielsen (eds.), *An Inventory of Archaic and Classical Poleis: An Investigation Conducted by The Copenhagen Polis Centre for the Danish National Research Foundation*, Oxford, pp. 379-390.
- FUNKE, P. (1985): *Untersuchungen zur Geschichte und Struktur des aitolischen Bundes*, Habilitationsschrift, Colonia.
- (1991): "Zur Ausbildung städtischer Siedlungszentren in Aitolien", E. Olshausen y H. Sonnabend (eds.), *Stuttgarter Kolloquium zur historischen Geographie des Altertums 2 (1984) und 3 (1987)*, Bonn, pp. 313-332.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. (1969): *Numantia*, Zaragoza.
- (1976): "El ejército romano en Hispania", *AEspA*, 49 (133/134), pp. 59-88.
- GARCÍA GARRIDO, M. y LALANA, L. (1991-1993): "Algunos glandes de plomo con inscripciones latinas y púnicas hallados en Hispania", *ActaNum*, 21-23, pp. 101-107.
- GARDNER, P. y POOLE, S. (1883): *Catalogue of Greek coins. Thessaly to Aetolia*, Londres.
- GÓMEZ-PANTOJA, J. L. y MORALES, F. (2002): "Sertorio en Numancia. Una nota sobre los campamentos de la Gran Atalaya", Á. Morillo (ed.), *Arqueología militar romana en Hispania*, Madrid, pp. 303-310.
- GONZÁLEZ SIMANCAS, M. (1926): *Las fortificaciones de Numancia: excavaciones practicadas para su estudio. Memoria descriptiva*, Madrid.
- GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, J. (1996): "P. Cornelius Scipio Aemilianus et Aetoli", *Athenaeum*, 84, pp. 143-156.
- GRAINGER, J. D. (1999): *The League of the Aitolians*, Leiden.
- (2000): *Aitolian prosopographical studies*, Leiden -Boston.
- GREGORI, G. L. y MATTEI, M. (1999): *Supplementa Italica-Imagines (Supplementi fotografici ai volumini italiani del CIL: Roma (CIL VI) I: Musei Capitolini*, Roma.
- GRUEN, E. S. (1984): *The Hellenistic World and the Coming of Rome*, Berkeley.
- GRÜNEWALD, M. y RICHTER, A. (2006): "Zeugen Caesars schwerster Schlacht? Beschriftete andalusische Schleuderbleie aus der Zeit des Zweiten Punischen Krieges und der Kampagne von Munda", *ZPE*, 157, pp. 261-269.
- HABICHT, C. (1989 (2. ed.)): "The Seleucids and their rivals", A. E. Astin, F. W. Walbank, M. W. Frederiksen y R. M. Ogilvie (eds.), *The Cambridge Ancient History, vol. VIII: Rome and the Mediterranean to 133 B.C.*, Cambridge, pp. 324-387.

- HANSEN, E. V. (1971(2.ed. rev.)): *The Attalids of Pergamon*, Londres.
- HILDEBRANDT, H. J. (1979): "Die Römerlager von Numantia. Datierung anhand der Münzfunde", *MDAI(M)*, 20, pp. 238-271.
- KALLET-MARX, R. M. (1994): *Hegemony to Empire: The Development of the Roman Imperium in the East from 148 to 62 B.C.*, Berkeley.
- KLAFFENBACH, G., STRAUCH, D., LAWOW, M., HALLOF, K. y FOSSEY, M. (1932): *Inscriptiones Graeciae septentrionalis voluminibus VII et VIII non comprehensae*, Berlín.
- KORFMANN, M. (1972): *Schleuder und Bogen in Südwestasien: von den frühesten Belegen bis zum Beginn der historischen Stadtstaaten*, Bonn.
- (1973): "The Sling as a Weapon", *Scientific American*, 229 (4: October), pp. 39-42.
- KUNZE, E. (1956): *Bericht über die Ausgrabungen in Olympia*, Berlín.
- LAUNEY, M., GARLAN, O., GAUTHIER, P. y ORRIEUX, C. (1987): *Recherches sur les armées hellénistiques*, Paris.
- LUIK, M. (1997): "Fibeln vom Typ Alesia aus dem römische Lager um Numantia", *Archäologische Korrespondenzblatt*, 27, pp. 463-479.
- (2002): *Die Funde aus den römischen Lagern um Numantia im Römisch-Germanischen Zentralmuseum*, Mainz.
- (2002): "Die römischen Lager bei Renieblas, Prov. Soria (Spanien). Ergebnisse der Vermessungskampagnen 1997-2000", P. Freeman (ed.), *Proceedings of the XVIIIth International Congress of Roman Frontier Studies*, Oxford, pp. 771-776.
- MANGANARO, G. (1982): "Monete et ghiande iscritte degli schiavi ribelli in Sicilia", *Chiron*, 12, pp. 237-244.
- (2000): "Onomastica greca su anelli, pesi da telaio e glandes in Sicilia", *ZPE*, 133, pp. 123-134.
- MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, Á. (2007): "Glandes con inscripciones atestiguadas en la Antigua Grecia", *Revista de Filología de la Universidad de la Laguna*, 25, pp. 399-405.
- MATTINGLY, H. B. (1986): "Scipio Aemilianus' Eastern Embassy", *Classical Quarterly*, 36(2), pp. 491-495.
- (1996): "Scipio Aemilianus' Eastern Embassy-The Rhodian Evidence", *Acta Classica (CASE)*, 39, pp. 67-71.
- MÉLIDA Y ALINARI, J. R. y TARACENA AGUIRRE, B. (1923): *Excavaciones de Numancia: memoria acerca de las practicadas en 1920-21*, Madrid.
- METCALF, W. E. (1999): "Coins as Primary Evidence", G. M. Paul y M. Ierardi (eds.), *Roman Coins and Public Life during the Empire. E. Togo Salmon Papers II*, Ann Arbor, 1-17.
- MORETTI, L. (1967): *Iscrizioni storiche ellenistiche. Vol. 1, Attica, Peloponneso, Beozia*, Florencia.
- NÚÑEZ PARIENTE DE LEÓN, E. y QUESADA SANZ, F. (2000): "Una sepultura con armas de baja época Ibérica (o época romana republicana) en la necrópolis del "Cerro de las Balas" (Écija, Sevilla)", *Gladius*, 20, pp. 19-220.
- OCHARÁN LARRONDO, J. A. y UNZUETA PORTILLA, M. A. (2002): "Andagoste (Cuartango, Álava): un nuevo escenario de las guerras de conquista en el norte de Hispania", A. Morillo Cerdán (ed.), *Arqueología militar romana en Hispania*, Madrid, pp. 311-326.
- OLSON, B. (2008-02-12): "Aerial Insults: The Tradition of Inscribing Lead Sling-Bullets in Antiquity", *Military History Blog*, en <http://militaryhistoryblog.wordpress.com/2008/02/12/aerial-insults-the-tradition-of-inscribing-lead-sling-bullets-in-antiquity/> (consultado 2008-12-06).
- PAMMENT SALVATORE, J. (1996): *Roman Republican Castrametation. A Reappraisal of Historical and Archaeological sources*, Oxford.
- PEREA YEBENES, S. (1999): "Dos glandes de plomo con inscripción inédita procedentes de Córdoba", Á. Alonso Avila, S. Crespo Ortiz de Zárate, T. Garabito Gómez y E. Solovera San Juan (eds.), *Homenaje al Prof. Montenegro*, Valladolid, pp. 553-560.
- PINA POLO, F. (2001): "Die Freunde des Scipio Aemilianus und numantischen Krieg: Über die sogenannte cohors amicorum", M. Pechin (ed.), *Aspect of Friendship in the Graeco-roman World (Proceedings of a conference held at the Seminar für Alte Geschichte, Heidelberg, on 10-11 June, 2000)*, Portsmouth, Rhode Island, pp. 89-98.
- PINA POLO, F. y ZANIER, W. (2006): "Glandes inscriptae procedentes de la Hispania Ulterior", *AEspA*, 79, pp. 29-50.
- POUX, M. y GUYARD, L. (1999): "Un moule à balles de fronde inscrit d'époque tardo-republicaine à Paris (rue Saint-Martin)", *Instrumentum*, 9 (juin), pp. 29-30.
- PRITCHETT, W. K. (1974-1991): *The Greek State at War*, Berkeley.
- PUIG I CADALFACH, J. (1911-1912): "Trobada d'armes u restes de maquines de guerra a Empúries", *Anuari del Institut d'estudis catalans*, 4, pp. 671-672.
- ROBINSON, D. M. (1941): *Excavations at Olynthus, X: Metal and Minor Miscellaneous Finds*, Baltimore.
- ROBINSON, E. S. G. y DAVIS, H. N. (1936): *Sylloge Nummorum Graecorum: The Newnham Davis coins in the Wilson collection of classical and eastern antiquities, Marischal College, Aberdeen*, Londres.
- ROBINSON, E. S. G. (1938): *Sylloge Nummorum Graecorum: The Lockett collection*, Londres.
- ROLDÁN HERVÁS, J. M. (1986): "El Bronce de Ascoli en su contexto histórico", G. Fatás Cabeza (ed.), *Actas de la reunión sobre epigrafía de época romano-republicana (Zaragoza, 1-3 de diciembre de 1983)*, Zaragoza, pp. 115-135.
- SCHOLTEN, J. B. (2000): *The Politics of Plunder. Aitolians and their Koinon in the early Hellenistic Era, 279-217 B.C.*, Berkeley.
- SCHULTEN, A. (1927): *Numantia III: Die Ergebnisse der Ausgrabungen 1905-1912. Die Lager des Scipio*, Munich.
- (1929): *Numantia IV: Die Ergebnisse der Ausgrabungen 1905-1912. Die Lager bei Renieblas*, München.
- (1931): *Numantia II: Die Ergebnisse der Ausgrabungen 1905-1912. Die Stadt Numantia*, Munich.
- (1936): "Die Griechen in Spanien", *Rheinische Museum für Philologie*, 85, pp. 289-346.
- SCHULTEN, A. y BARTHEL, W. (1914): *Numantia I: Die Ergebnisse der Ausgrabungen 1905-1912. Die Keltiberer und ihre Kriege mit Rom*, München.
- SIMON, H. (1962): *Roms Kriege in Spanien: 154-133 v. Chr.*, Frankfurt.
- SOUZA, P. d. (1999): *Piracy in the Graeco-Roman World*, Cambridge.
- STYLOW, A. U. (2005): "Fuentes epigráficas para la Historia de la Hispania Ulterior en época republicana", E. Melchor Gil, J. Mellado Rodríguez y J. F. Rodríguez Neila (eds.), *Julio César y Córdoba: Tiempo y espacio en la campaña de Munda (49-45 a.C.)*, Córdoba, pp. 247-262.
- THOMPSON, M. (1968): *The Agrinion hoard*, Nueva York.
- THOMPSON, M., MØRKHOLM, O. Y. KRAAY, C. M. (1973): *An Inventory of Greek Coin Hoards*, Nueva York.

- UNZUETA PORTILLA, M. A. y OCHARÁN LARRONDO, J. A. (1999): "Aproximación a la conquista romana del Cantábrico Oriental: El campamento y/o campo de batalla de Andagoste (Cuartango, Álava)", J. M. Iglesias y J. A. Muñiz (eds.), *Regio Cantabrorum*, Santander, pp. 125-142.
- UNZUETA PORTILLA, M. A. (2006): "Andagoste Battlefield", A. Morillo Cerdán y J. Aurrecochea (eds.), *The Roman Army in Spain: An Archaeological Guide*, León, 218-221.
- VALCARCEL Y PÍO DE SABOYA, A. y DELGADO, A. (1882): "Inscripciones y Antigüedades del Reino de Valencia", *Memorias de la Real Academia de la Historia*, 8, VI+114 pp: 69 lám.
- VICENTE, J., PUNTER, M. P. y EZQUERRA, B. (1997): "La catapulta tardo-republicana y otro equipamiento militar de 'La Caridad' (Teruel)", *Journal of Roman Military Equipment Studies*, 8, pp. 167-199.
- VISCHER, W. (1877-78): "Antike Schleudergeschosse", W. Vischer (ed.), *Kleine Schriften*, Leipzig, vol. 2, pp. 240-284.
- VÖLLING, T. (1990): "Funditores im röm. Heer", *Saalburg Jahrbücher*, 45, pp. 24-58.
- WILL, É. (1982): *Histoire politique du monde hellénistique (323-30 av. J.-C.), II: Des avènements d'Antiochos III et de Philippe V a la fin des Lagides*, Nancy (2^e ed.).
- ZANGEMEISTER, C. (1885): *Glandes plumbeae latine inscriptae*, Roma.